

EL BARCO DE VAPOR



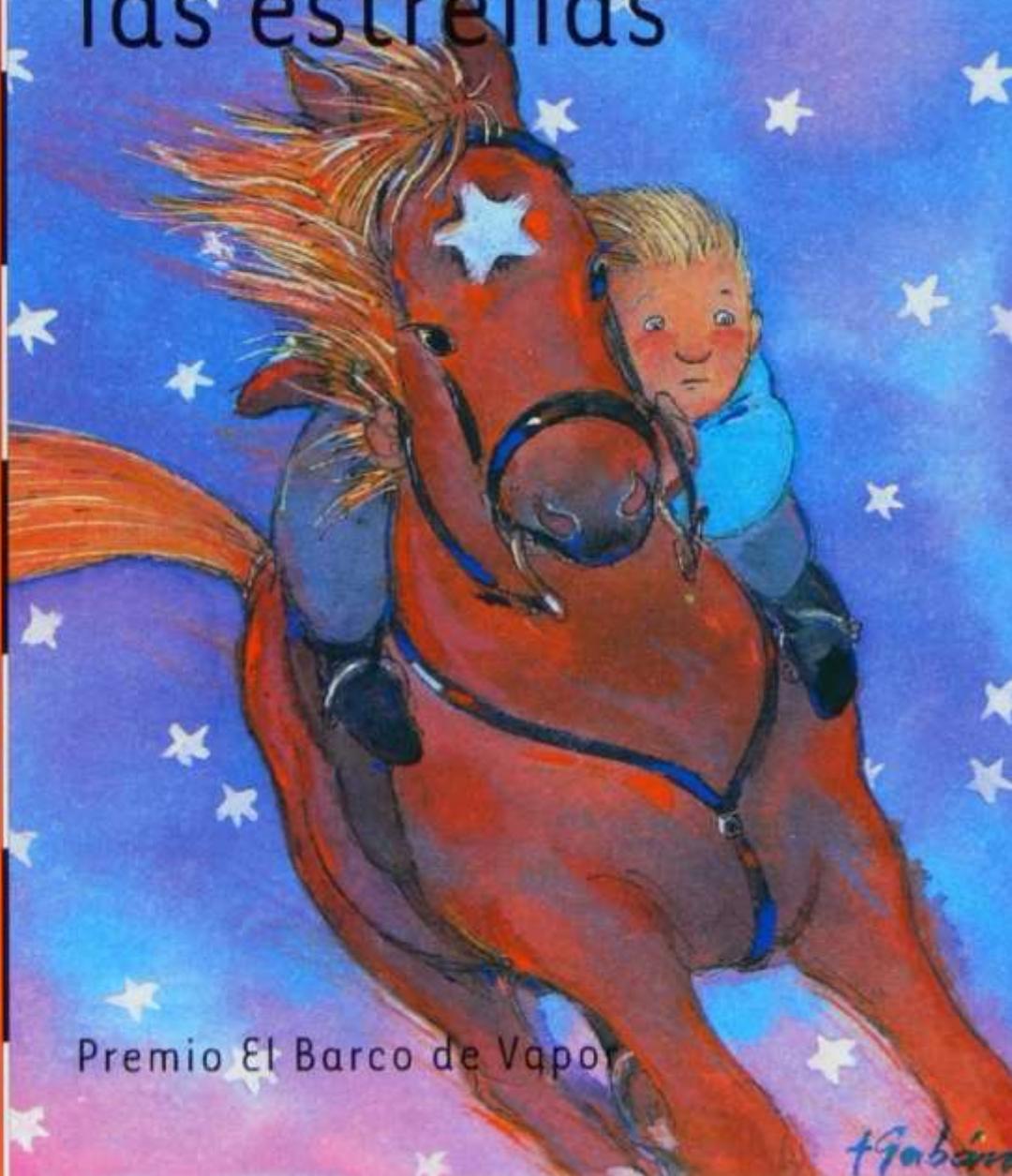
José Antonio Panero

Danko, el caballo que conocía las estrellas

28ª EDICIÓN

sm

Premio El Barco de Vapor



f. Gabarín

Pelusa 79

Danko, el caballo que conocía las estrellas

José Antonio Panero

1 Tres golpes en la noche

GRÍGOR dormía como los propios ángeles cuando los golpes bajo la cama lo despertaron. ¡Toe, toe, toe! Era la señal. Su abuela siempre lo despertaba así, dando tres golpecitos con el mango de la escoba contra las tablas del piso.

La abuela de Grígor se llamaba Malva. Abuela Malva era la mujer más dulce y más delicada de la tierra. Tenía el pelo completamente blanco y unos ojos entre grises y azules, clarísimos, que le cambiaban un poco de color, según el tiempo que hiciese. A abuela Malva le costaba mucho subir las escaleras y por eso despertaba a su nieto desde abajo, golpeando el techo de la cocina con la escoba.

Grígor se incorporó en el camastro. El colchón de panojas crujió bajo las mantas. ¿Lo habían llamado o estaba soñando? A través de la ventana, más allá del bosque de abedules, la noche parecía un plato de porcelana oscura lleno de luces. Los golpes volvieron a sonar, ¡toe, toe, toe!, esta vez con más fuerza, y enseguida la voz de la abuela.

—Grígor, hijo mío, despierta y llama al abuelo.

Pelusa 79

— ¡Sí, abuela, ya voy! —contestó Grígor, y saltó de la cama.

Se vistió a toda prisa y se lanzó escaleras abajo, casi a oscuras, guiado sólo por el débil resplandor de las llamas del fogón.

Había llegado el gran momento.

Grígor se precipitó hacia la cocina. Abuela Malva había puesto a calentar un gran pote de agua y estaba sentada, con las manos cruzadas encima del regazo, contemplando la lumbre.

— ¡Abuela, abuela...! ¿Ha nacido ya?

— No, hijo, no ha nacido todavía, pero está a punto de nacer. ¿Has avisado al abuelo?

— ¡Ah, el abuelo.. ! No, se me había olvidado.

Grígor volvió a subir los peldaños de tres en tres, gritando: «¡Abuelo, abuelo...!»». Iba a llamar a la puerta, cuando ésta se abrió y abuelo Josua apareció en el umbral.

— ¿Qué voces son éstas, Grígor? ¿Tú sabes la hora que es? ¿Eres tú el que arma tanto alboroto? ¿Por qué no estás en la cama?

Pelusa 79

Abuelo Josua sostenía un farol en una mano y con la otra estaba terminando de abotonarse los tirantes al pantalón. La mortecina luz del farol agrandaba aún más la hermosa cabeza del anciano. Grígor vio su larga cabellera y su inmensa barba agigantadas en las sombras de la pared.

— Abuelo, ¿no te acuerdas? Va a nacer esta noche.

— ¿Quién va a nacer esta noche?

La voz de abuelo Josua era una voz de hombre de las montañas, una voz de tabaco de pipa y aire frío, sonora, cavernosa.

— El potrillo, abuelo...

Abuelo Josua terminó de abotonarse los tirantes y se quedó quieto, sin decir palabra, como si aquel asunto no fuera con él. Grígor se le quedó mirando a la cara, tratando de descubrir una sonrisa, un gesto. Pero nada. En el rostro de abuelo Josua no podían verse más que las arrugas, todas las arrugas juntas de todos los árboles del bosque. Era un rostro esculpido en madera. Pero Grígor siguió mirando, mirando. , y de pronto la descubrió. ¡Ah, sí!, allí estaba, allí estaba, muy lejos, muy lejos, casi perdida en el gris perla de los ojos, aquella lucecita maliciosa que Grígor conocía tan bien.

Pelusa 79

Y la lucecita se fue haciendo cada vez más grande, y más grande, hasta que ya no le cupo en las pupilas y entonces el rostro de madera de abuelo Josua se iluminó con una sonrisa que no cabía en el mundo, su barba se abrió como la copa de un árbol cuando lo mueve el viento y una carcajada bonachona llenó todos los rincones de la casa.

—Casi me habías asustado, abuelo. —dijo Grígor

—¿Te había asustado, ardillita mía? ¡Nunca aprenderás! —dijo abuelo Josua atrayendo a Grígor hacia su pecho, sin dejar de reír La manaza del viejo leñador revolvió el pelo del niño y Grígor pensó que aquélla era la noche más feliz de su vida.

—Pero, hijo, ¿qué estamos haciendo aquí como dos bobalicones? Seguro que ahí abajo tu padre y tu madre nos necesitan.

—¡Y Laila, abuelo!

—Y Laila también. ¡Corre, vamos, corre!

Grígor volvió a bajar las escaleras como si tuviera alas en los pies. Al pasar junto a la cocina, se detuvo un momento, sin entrar

—Abuela, ¿tú no vienes?

Pelusa 79

—Sí, hijo, ahora iré, cuando baje el abuelo.

La puerta de la casa estaba entornada. Grígor salió al corral. El cielo estaba cuajado de estrellas. Clavada en un poyo, junto a un montón de leña, el hacha de abuelo Josua brillaba como si la hubiesen untado con aceite. A la entrada de la cuadra había un farol colgado de un clavo y dentro de la cuadra otros dos. Su padre y su madre estaban ya allí. Reconoció sus sombras en el pajar

Los pasos apresurados de Grígor por el empedrado del corral alborotaron un momento a los gansos que dormían tras la alambrada. En la cuadra, la yegua relinchó.

—Laila, Laila... —acertó a decir Grígor

2 Danko

LAILA se movía inquieta junto a las pesebreras. Ni siquiera había probado bocado del montón de cebada que Jákov, el padre de Grígor, le había puesto la tarde anterior

– Alexandra, trae unos cestos de paja y espárcelos por el suelo – dijo Jákov, dirigiéndose a su mujer

– Yo los cogeré, papá.

– Ah, ¿ya estás aquí, Grígor? Muy bien. Prepárale una buena cama a Laila, porque la va a necesitar

– Entonces yo voy a ayudar a padre a traer el agua – dijo Alexandra saliendo al corral.

– Vuelve pronto, mamá, y dile al abuelo que se dé prisa.

– Enseguida estamos aquí – contestó la madre, y corrió hacia la casa.

– ¿Se puede morir Laila, papá? – preguntó Grígor, mientras empezaba a llenar rápidamente el cesto.

– A veces, algunas yeguas mueren en el parto, pero no creo que a Laila le ocurra nada. El potrillo que va a traer al mundo debe de ser muy grande, pero todo irá

Pelusa 79

bien, ya verás. Es una yegua muy fuerte. Además, vamos a estar todos a su lado y eso le dará ánimos, ¿eh Laila? – dijo Jákov, acariciando al animal.

Grígor terminó de llenar el primer cesto y lo vació tan deprisa como pudo a los pies de la yegua. Después llenó otro y otro, hasta que el suelo quedó cubierto con una espesa capa de paja limpísima, brillante como el oro.

Parecía que Laila no estaba esperando otra cosa. Dobló primero las patas delanteras, después las de atrás y, poco a poco, como si temiese hacer daño al hijo que llevaba dentro, se dejó caer sobre la mullida cama.

–Ha llegado el momento, Grígor Cuelga aquí ese farol.

Grígor colocó uno de los faroles donde su padre pudiera ver mejor y se acercó a las pesebreras para estar cerca de Laila. La yegua había recostado la cabeza sobre la paja y relinchaba lastimosamente, muy bajito. Grígor pensó que si los animales pudieran llorar, a Laila le estarían cayendo ahora grandes lagrimones, porque tenía los ojos llenos de dolor. Seguramente estaba llorando por dentro. Grígor se arrodilló en la paja y cogió entre sus brazos la noble cabezota.

Pelusa 79

Mientras le acariciaba la testuz, le hablaba tiernamente, con la boca casi pegada a la oreja.

—Laila. Laila bonita...

Laila mordisqueó con los rosados belfos los pantalones de Grígor, en señal de agradecimiento.

Se oyeron pasos en el corral. Grígor se volvió y miró a través de la puerta abierta de la cuadra. Abuela Malva venía delante con unos viejos paños de lino en los brazos y, tras ella, su madre y abuelo Josua, que traían el pote de agua.

Justo cuando Alexandra y los ancianos entraban en la cuadra, Laila se revolvió en el suelo y lanzó un relincho de dolor

—¡Ya está aquí, ya está aquí! —dijo Jákov, poniéndose en cuclillas detrás de la yegua.

Así era. Laila acababa de romper aguas violentamente y al poco rato asomaron dos cascos negrísimos, relucientes, perfectos.

Abuelo Josua dejó el pote en el suelo y corrió a ayudar a Jákov

—¡Un poco más, Laila, que ya es nuestro!

Pelusa 79

La yegua siguió tendida sobre la paja, con los ojos desorbitados mirando a Grígor y respirando aceleradamente por la nariz.

Alexandra fue a situarse junto a la grupa y apoyó sus manos en el vientre de la yegua.

— Ya falta poco, Laila. — le dijo con dulzura.

Abuela Malva, mientras tanto, se había acercado a los dos hombres, con los paños de lino preparados.

En aquel instante, algo se debió de remover en las entrañas de Laila, porque la yegua levantó la cabeza bruscamente y sacudió las patas en el aire.

— ¡Por encima del trabadero, Jákov, por la caña! ¡Tira por la caña, pero sin sacudidas! — gritó abuelo Josua.

Las patas del potrillo asomaban ya hasta cerca de las rodillas. Jákov y abuelo Josua las agarraron con fuerza.

— Hay que esperar a que Laila dé otro impulso.

Grígor se estrechó aún más contra la cabeza de la yegua. Pasaron unos minutos interminables. Grígor sentía el alocado bombear del corazón de Laila en las arterias de su cuello.

— ¡Ahora! — dijo Alexandra.

Pelusa 79

Jákov y abuelo Josua tiraron con fuerza, pero sin brusquedad.

—¡Oooh! —exclamaron admirados, casi al mismo tiempo, los cinco.

Allí estaba, no podía ser verdad aquel milagro; allí estaba, húmedo y palpitante, pero de pie sobre la paja, firme y seguro, el hijo de Laila, el potro más hermoso que jamás habían visto.

Laila levantó la cabeza y al verlo relinchó también de satisfacción y se puso de pie. Por un momento quedaron todos paralizados, contemplando absortos aquella maravilla.

El potrillo era rojo como el fuego, de un color parecido al de la cerveza ahumada, pero las crines y la cola eran completamente rubias, de un pálido amarillo, como paja brillante, recién trillada. Tenía cuatro manchas blancas, una en cada pata, justo encima de los cascos, todas iguales. Pero lo que más llamaba la atención era la estrella. Debajo del mechón frontal, como dibujada a mano por un artista, tenía una estrella de cinco puntas, inmaculada, blanquísima.

Incapaz de moverse, Grígor, con los ojos muy abiertos, sólo pudo decir

Pelusa 79

– ¡Danko!

El niño tenía la extraña sensación de reencontrarse con un viejo amigo al que hacía muchos años que no veía. Pero, por otro lado, se daba cuenta de que Danko acababa de nacer. Grígor estaba confuso.

– ¿Qué nombre le has puesto, hijo? preguntó abuelo Josua.

– Danko, abuelo – repitió Grígor sin pestañear

Pero no sólo Grígor estaba asombrado. También los mayores contemplaban embelesados al hijo de Laila.

– Por Dios bendito, que éste es el animal más hermoso que he visto en mi vida – dijo abuelo Josua, rascándose la barba.

– Yo tampoco he visto nunca nada igual – dijo abuela Malva.

– Pero ¿cómo es posible, padre? ¿Cómo es posible que se tenga ya en pie sin despatarrarse, sin que ni siquiera le tiemblen las rodillas? – preguntó Alexandra.

Abuelo Josua no contestó. Siguió mesándose la barba en silencio, fijos los ojos en el potrillo.

Pelusa 79

—¿Y la estrella? ¿Os habéis fijado en la estrella que tiene en la frente? Parece pintada a mano, parece una estrella de verdad —dijo Jákov, que hasta entonces no había abierto la boca, mudo de admiración.

—Es una estrella de verdad —dijo abuelo Josua casi para sus adentros, en un hilillo de voz.

—¿Para qué eran el agua y los paños, mamá? —preguntó Grígor desde su rincón.

—Eran para limpiarlo, hijo; a veces, cuando nacen, hay que lavarlos y secarlos enseguida, pero tu Danko no necesita que nadie lo lave, está más limpio que el sol, ¿no lo ves? —contestó Alexandra.

Todas las miradas confluían en el potrillo. Sólo Danko movía la cabeza de un lado a otro, lentamente, como si estudiara cada objeto, cada rostro de las personas que allí estaban. Después, con el paso firme de un caballo adulto, se dirigió hacia las pesebreras y fue a situarse bajo el cuello de Laila, casi entre sus patas.

—Dios mío, ¿cómo es posible que camine así? ¿Qué magnífico animal es éste? —exclamó abuela Malva, llevándose las manos a las mejillas.

Los grandes ojos de Laila se llenaron de ternura. Olisqueó primero a su potrillo y después,

Pelusa 79

amorosamente, con su larga lengua rosa, lo lamió y relamió de arriba abajo.

Ahora era el corazón de Grígor el que latía apresuradamente. Visto de cerca, Danko era todavía más hermoso. El potrillo estaba ahora al alcance de su mano. Grígor extendió el brazo cautelosamente, temeroso de que se asustara.

—Danko, Danko. —dijo, mientras le acariciaba la aterciopelada estrella de la frente.

Pero Danko no sólo no se asustó, sino que se acercó a Grígor y comenzó a darle cariñosas topadas en el pecho. El niño creyó que iba a estallar de alegría.

—¿Lo veis? ¡Me reconoce! —exclamó lleno de júbilo, mirando a sus padres y a sus abuelos.

—¿Cómo puede reconocerte, hijo mío, si acaba de nacer y no os habíais visto nunca? —dijo Jákov

—Reconoce mi voz, papá, de cuando le hablaba y le contaba cosas mientras estaba dentro de Laila.

Entonces sucedió algo extraordinario. Danko empezó a empujar delicadamente a Grígor fuera de la cuadra. Grígor se dejó conducir hasta el corral. Abuelo Josua, abuela Malva, Alexandra y Jákov los siguieron. Los

Pelusa 79

cuatro y el propio Grígor esperaban expectantes a ver qué ocurría. Danko se pegó al costado del niño y luego levantó la espléndida cabeza y se quedó inmóvil contemplando el cielo. La luz de la luna sacaba brillos anaranjados a su grupa.

—¡Está mirando las estrellas! —dijo Grígor volviéndose hacia su familia.

Los padres y los abuelos de Grígor no daban crédito a lo que veían sus ojos. Sí, Danko parecía observar los incontables y plateados caminos escritos en el gran mapa azul del firmamento.

Danko estudiaba las estrellas.

Pelusa 79

3 Mil krunois por un caballo

LA familia de Grígor vivía en las montañas, en un pueblo de leñadores y ganaderos que tenía un nombre que sonaba a correr de aguas o a tañer de campanas, Batalay.

En Batalay el invierno duraba cinco meses y los veranos eran frescos y rápidos. Durante el invierno, las casas de madera quedaban casi sepultadas bajo la nieve y sólo gracias a los trineos, tirados por robustos caballos, era posible la comunicación con otros pueblos. En primavera y verano, manadas enteras de caballos pastaban libremente en las laderas de las montañas. Las yeguas de Batalay eran conocidas y apreciadas a muchos kilómetros a la redonda.

Pero la fama de los caballos de Batalay no conoció límites a partir del nacimiento de Danko. La noticia de que allí había un caballo extraordinario que dejaba perplejos a cuantos lo veían corrió como la pólvora de boca en boca, de taberna en taberna, de mercado en mercado, y pronto llegó mucho más allá de los valles y montañas de Batalay, hasta los confines del reino. Los leñadores en los bosques, las viejas en las cocinas, las mujeres en los lavaderos, los niños en los campos, todo el mundo hablaba del prodigioso caballo de Grígor.

Pelusa 79

Danko era el único tema de conversación. Se hablaba de su extraordinaria belleza, de su fuerza portentosa, de su increíble rapidez en la carrera. Pero sobre todo se hablaba de su estrella de cinco puntas en la frente y de su capacidad para orientarse en la noche, guiándose por las estrellas. Se hablaba de su incondicional fidelidad a Grígor, a quien seguía a todas partes.

Un día, cuando Danko acababa de cumplir tres años, llegó a Batalay un extraño personaje. Debía de ser alguien muy importante, porque, aunque todavía no hacía frío, llevaba un abrigo de zorro blanco que le llegaba a los pies y botas altas, negras, muy limpias. Cubría el cuello con un pañuelo de seda verde, sujeto con un broche de perlas. El recién



Pelusa 79

llegado era pequeño y barrigudo y tenía los dedos de las manos cortos y gordos, pero llenos de anillos. Con él venían otros hombres, montados a caballo. Traían también una carreta con dos cofres de hierro, uno pequeño y otro grande.

Lo primero que hizo al llegar el forastero fue preguntar por Grígor Cuando Grígor, seguido de Danko, apareció frente a él, el hombre de los anillos se quedó con la boca abierta, pero enseguida reaccionó:

— ¿Es éste tu caballo?

— Sí, señor, éste es Danko.

— ¿Y es verdad que se sabe guiar por las estrellas?

— Es verdad, señor. Aunque esté en medio de un bosque que no ha pisado nunca, siempre encuentra el camino para volver a casa, si hay estrellas. Conoce las estrellas, señor.

— ¿Y corre y tiene tanta fuerza como dicen?

— Corre y tiene más fuerza que ningún otro caballo, señor — contestó Grígor.

— ¿Y qué más cosas hace? — preguntó el hombre del abrigo blanco.

Pelusa 79

Grígor iba a contestar al forastero, cuando su madre y abuelo Josua aparecieron a sus espaldas.

—Hace todo lo que haga cualquier otro caballo y hace además lo que ningún otro caballo del mundo podría hacer —dijo abuelo Josua, adelantándose a su nieto—. ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

El hombre de los anillos restregó las rechonchas manos por las solapas del abrigo y avanzó unos pasos.

—Mi nombre es Pávirich, y soy comerciante. Compro y vendo de todo: pieles, joyas, trineos, aguardiente, tabaco, iconos, sedas, y hasta caballos. He venido desde muy lejos para ver este suyo, pero me parece que el viaje ha valido la pena —dijo, con la sonrisa de los que están acostumbrados a mandar siempre.

—Pues ya lo ha visto. Mírelo bien, porque no tendrá oportunidad de volver a ver otro igual en su vida —dijo abuelo Josua con cara de pocos amigos, porque había algo en el hombrecillo que le desagradaba.

—No me he explicado bien. He venido de tan lejos no para verlo, sino para comprarlo —dijo Pávirich.

—Este caballo no se vende, señor No tiene precio —intervino Alexandra.

Pelusa 79

–Todo en este mundo tiene un precio, mi querida señora –contestó el comerciante, de nuevo con aquella sonrisa que sacaba de quicio a abuelo Josua.

–Parece usted duro de oído, señor. Este caballo es de mi nieto y no está en venta. Pero si quiere usted intentarlo, trate con el chico –dijo abuelo Josua secamente.

–¿Con un chiquillo he de tratar? ¿Acaso cree usted que soy yo un charlatán de feria? –preguntó, pálido de vergüenza, el forastero.

–Suyo es el caballo. Usted verá, o con él o con nadie –respondió abuelo Josua.

Pávirich se volvió hacia los jinetes que le acompañaban. Pareció que iba a decirles algo, pero se contuvo y guardó silencio. Después fijó sus ojillos redondos en Grígor, que lo observaba con tranquilidad.

–Muy bien, muchacho... –empezó a decir

–Danko no se vende, señor –le interrumpió rápidamente Grígor

–Ya sé, ya sé que no se vende. Pero quiero hacerte unas preguntas, si tu madre y tu abuelo lo permiten,

Pelusa 79

que nada tienen que ver con tu caballo. De tu Danko hablaremos más tarde.

Grígor guardó silencio y siguió mirándolo a los ojos.

– ¿Dónde está tu padre?

– Trabajando en el bosque, señor

– Ah, así que es leñador... – dijo el hombre de los anillos, arqueando mucho las cejas y poniendo cara de estar muy sorprendido.

– Sí, señor

– ¿Y tu abuelo? ¿Qué oficio tiene o tuvo tu abuelo?

– También es leñador

– Leñador también, ¿eh? Dime una cosa, muchacho. ¿Cuánto vale la casa donde vivís?

– No lo sé, señor.

– ¿Y las tierras que tenéis?

– No tenemos tierras, señor. Los bosques y las praderas son del pueblo.

– ¡Ah! – siguió diciendo con gestos de falsa sorpresa el comerciante –. No tenéis tierras y tú no sabes cuánto vale tu casa...

Pelusa 79

—¿A qué viene este interrogatorio? —dijo abuelo Josua, dando un paso hacia adelante.

—Déjelo, padre —intervino Alexandra, sujetando al anciano por un brazo.

El hombre de los anillos continuó como si no hubiese observado la reacción de abuelo Josua.

—¿Y cuánto crees tú que han podido ganar, trabajando durante toda su vida, tu padre y tu abuelo juntos?

—Tampoco lo sé, señor

—Tampoco lo sabes. Yo te lo diré, muchacho. Tu casa, con todo lo que tiene dentro, podría valer, siendo muy generoso, diez o doce krunois de oro, no más. En cuanto a lo que han podido ganar tu padre y tu abuelo durante toda su vida, despellejándose las manos con el hacha en los bosques, no pasa, tirando por lo alto, de setenta o setenta y cinco krunois.

—Será como usted dice, señor —dijo Grígor

—Claro que es como yo digo, muchacho. Pregúntale a tu madre o a tu abuelo, si no me crees.

—Le creo, señor

Pelusa 79

– Tanto mejor, así nos entenderemos antes. Abre bien los oídos y escucha con atención lo que voy a decirte, muchacho. Si tu caballo es capaz de hacer todo lo que se cuenta por ahí, estoy dispuesto a pagar por él una suma tan alta que no puedes imaginar siquiera. Para el resto de vuestros días, nadie de tu familia tendrá que volver a trabajar Así que...

Grígor le interrumpió de nuevo:

– Danko no está en venta, señor Ya se lo he dicho.

– ¿Por qué?

– Porque es mi amigo.

Al hombre del abrigo de piel de zorro aquella razón no pareció convencerle demasiado.

– ¿Tú tienes idea de lo que son cien krunois?

– Mucho dinero, señor

– Sí, es mucho dinero; pero es muy poco comparado con el que estoy dispuesto a darte por tu caballo. Porque no van a ser cien, ni doscientos, ni trescientos, te ofrezco mil. ¡Mil krunois de oro, muchacho! ¡Una fabulosa fortuna! Ahí, en uno de esos cofres, te está esperando –dijo Pávirich, apuntando con su dedo regordete hacia la carreta.

Pelusa 79

—No hay trato, señor —dijo Grígor tranquilamente.

—Ya lo ha oído —intervino abuelo Josua—. Este caballo no está en venta, ni por mil krunois de oro ni por diez mil. No hay oro bastante en las arcas del reino para pagar lo que vale. Y aunque lo hubiera, nadie podría comprarlo, porque mi nieto no lo vende. Este caballo es su amigo y con los amigos no se comercia. Ya lo ha oído. Vuélvase en paz con su gente por donde ha venido, y adiós.

—Pero ¿están ustedes locos? ¿Tienen ustedes idea de la fortuna que les estoy ofreciendo? ¡Mil krunois de oro! Están ustedes escupiéndole a la cara a la suerte. ¡Jamás volverá a presentárseles otra ocasión como ésta para salir de la miseria! ¿No lo comprenden? —dijo el forastero, nervioso, incapaz de creer que la posibilidad de hacerse ricos en un instante dejase absolutamente indiferentes a Grígor, a su madre y al abuelo.

—Mire, señor, esta conversación empieza ya a cansarme. Se lo repetiré por última vez: su dinero y sus negocios no nos interesan. Lo único que puedo asegurarle es que este caballo no se vende, aunque siga usted ahí hablando hasta que se le desgaste la lengua —dijo, enfadado, abuelo Josua. Y añadió—: Grígor, lleva a Danko junto a Laila, y tú entra en casa.

Pelusa 79

Grígor se disponía a obedecer, cuando Pávirich, extendiendo un brazo hacia adelante, gritó:

— ¡Un momento!

Abuelo Josua hizo un gesto con la mano y Grígor y Danko se detuvieron.

— ¿Tiene algo más que decir? — preguntó el viejo leñador

— Sí, una cosa. Ya sé por qué no lo quieren vender. Acabo de entenderlo. No es porque desprecien el dinero o amen mucho a esta bestia. No. Es porque, en realidad, este caballo no vale ni siquiera la mitad de lo que dicen y nada tiene de extraordinario, aparte su buena estampa, que no le niego. Pero ustedes han hecho correr el bulo de que poseen un ejemplar único, con extraños poderes, sólo porque tiene una estrella dibujada en la frente. Son tan orgullosos que prefieren seguir viviendo en la miseria antes que venderlo y exponerse a caer en el más espantoso ridículo, cuando el que lo compre descubra que todo era una patraña inventada por ustedes para darse importancia. Desde que he llegado, nada le he visto hacer que lo distinga de los cientos de caballos que se crían por estas montañas.

Pelusa 79

—Mire, señor, no voy a responder a sus provocaciones. No quiero seguir hablando con usted. Pero le advierto que si vuelve a insultar a mi familia no saldrá de este pueblo con los huesos tan sanos como los tenía cuando llegó —dijo abuelo Josua, dando por terminada la conversación.

—Cálmese, padre —musitó Alexandra.

Entretanto, abuela Malva y otros ancianos, mujeres y niños se habían ido acercando al grupo.

—¿Puedo decir algo, abuelo? —preguntó Grígor

Abuelo Josua quedó pensativo un momento.

—Di lo que quieras, hijo —contestó al fin.

—Señor, después de habernos llamado mentirosos no merece usted ver lo que voy a enseñarle. Pero tal vez así aprenda usted a medir las palabras cuando trate con otros hombres. ¿Qué noticias le han llegado a usted de Danko?

Pávirich creyó que la posibilidad de hacer negocio no estaba cerrada definitivamente y endulzó cuanto pudo la voz al contestar.

—Lamento haber estado un poco grosero con tu abuelo, muchacho. No sé qué me pasó, me traicionaron

Pelusa 79

los nervios. Bueno. en fin, pues he oído decir lo que antes comentaba, que tu caballo conoce las estrellas y corre y tiene más fuerza que ningún otro.

— Así es, señor. Y voy a demostrárselo, pero con una condición.

— ¿Cuál?

— Que si Danko gana, pague usted un krunoi de oro a cada una de las personas que aquí están, por haber ofendido a mi familia en su presencia.

— ¿Y si pierde?

— Si pierde, dejaré que me abofetee delante de todo el pueblo y escupa sobre nuestra casa y nos llame mentirosos.

— Demasiado desiguales me parecen los términos de la apuesta, muchacho. Yo arriesgo mi oro, mientras que tú no arriesgas nada.

— Más precioso es el honor que el dinero, señor Pero aún no he terminado. Apostaré con usted otro krunoi de oro a que Danko entiende cuando se le habla, pero sólo a mí me obedece.

— Grígor, hijo mío, ¿qué estás diciendo? —exclamó, visiblemente preocupada, Alexandra.



Pelusa 79

—¿Quieres decir que entiende nuestro lenguaje, que entiende lo que nosotros hablamos? —se apresuró a preguntar el hombre de los anillos.

—Sí, pero únicamente hace lo que yo le ordeno.

Alexandra y abuela Malva se miraron desconcertadas. Grígor advirtió la tremenda preocupación en sus rostros y trató de tranquilizarlas.

—Mamá, abuela, no os preocupéis. Es un secreto que sólo conocíamos el abuelo y yo. Lo descubrimos hace ya algún tiempo, y si no os lo dijimos antes ni a vosotras ni a papá fue porque queríamos estar seguros. Pero ahora lo estamos, ¿verdad, abuelo? Pensábamos contároslo muy pronto, pero este hombre nos obliga a anticipar la noticia.

Abuelo Josua miró desde el gris perla de sus ojos al azul cristalino de los ojos de abuela Malva y la anciana comprendió enseguida que lo que Grígor estaba diciendo era cierto y no había razón para inquietarse.

—Y esta vez, ¿qué me ofreces a cambio? ¿Una bofetada en la otra mejilla?

—Si demuestro que Danko entiende nuestro lenguaje, pero sólo hace lo que yo le ordeno, le pedirá usted disculpas a mi abuelo delante de todos estos ancianos,

Pelusa 79

mujeres y niños y pagará otro kranoi de oro a cada uno de ellos.

—Eso ya lo he entendido. Pero ¿y si no lo demuestras, eh, qué ganaré yo si no lo demuestras? ¿Echar otro escupitajo al tejado de tu casa?

Grígor tardó unos instantes en responder

—Si no es como digo, dejaré que se lleve usted a Danko —dijo por último, con una seriedad que asustó a quienes lo escuchaban.

—¡Acepto, acepto, acepto! —gritó, fuera de sí, el hombre del abrigo de piel de zorro.

Entre el grupo de habitantes de Batalay se oyó un «¡Nooo!» sordo, apagado, temeroso.

Aquello no se lo esperaba ni el propio abuelo Josua. El anciano se llevó mecánicamente la mano a la poblada barba y empezó a mesársela.

—Pero Grígor, hijo mío. —dijo.

4 La apuesta

TODO estaba preparado para las pruebas. Pávirich dijo que deseaba que primero se realizasen las de fuerza y velocidad. Grígor estuvo de acuerdo. El comerciante mandó entonces a cuatro de sus hombres que le acercasen uno de los cofres que había en la carreta, el más grande. Los jinetes descabalgaron y llevaron a los pies de Pávirich el cofre. Pávirich lo abrió y sacó de él una larga cadena de gruesos eslabones.

—Esta cadena, muchacho, ha sido fabricada especialmente para la ocasión por los mejores herreros del reino. Gracias a ella podremos saber si tu caballo es tan fuerte como dices —dijo, mirando a Grígor

—Es usted un hombre falso, señor. Ya tenía usted preparada la cadena en la carreta, todo estaba planeado desde el principio. —dijo Grígor.

—¿Y qué importancia tiene eso ahora, muchacho? Has sido tú, no yo, quien ha querido demostrarme cuánto vale tu Danko —contestó Pávirich burlonamente.

—Si no fuera porque le debe usted una disculpa a mi abuelo, ahora mismo se terminaba el espectáculo —dijo Grígor

Pelusa 79

– ¿No será que tienes miedo?

– Acabemos de una vez. ¿Qué pretende hacer con la cadena?

– Muy sencillo, muchacho. Voy a atar un extremo al cuello de tu caballo; el otro extremo, como ves, termina en cuatro lazos, que pasaré por el cuello de esos cuatro caballos que tienes ahí delante – dijo, señalando las cabalgaduras de los cuatro hombres que le habían acercado el cofre –. ¿Te parece bien?

– Eso no es justo. Son cuatro contra uno. Elija usted un caballo, el que quiera, tráigalo del otro lado del mundo, si lo desea, pero un solo caballo, no cuatro.

– Ah, no, no, muchacho. ¿Cómo sé yo dónde encontrar el caballo más fuerte? No puedo ir por ahí haciendo pruebas a todos los caballos que encuentre, ¿no crees? Éste es el único modo de saber si mientes o dices la verdad. Además, te repito que yo arriesgo mi dinero, mientras que tú sólo arriesgas un par de bofetadas y la vergüenza del ridículo.

– Muy bien, pero usted no atará ninguna cadena a mi caballo; yo se la pondré – dijo Grígor

Pelusa 79

—Me trae sin cuidado quién se la ponga, muchacho — dijo Pávirich. Y añadió, dirigiéndose a sus hombres —: Enganchad los caballos y preparad los látigos.

Los hombres de Pávirich cogieron el extremo de la cadena con los cuatro lazos y los engancharon al cuello de los animales. Grígor, por su parte, cogió el otro extremo, formó un lazo con la argolla que había en uno de los eslabones y se lo colocó a Danko en el cuello. Anduvieron un buen trecho en sentido contrario, hasta que la cadena quedó completamente extendida. Después, Grígor, seguro de que nadie podía oír sus palabras, dijo en voz baja:

— ¿Podrás hacerlo, Danko?

Danko asintió varias veces con la cabeza y resopló en el cuello de Grígor, para darle ánimos.

Todos los habitantes de Batalay que se encontraban en aquel momento en el pueblo se habían concentrado en la pradera.

Los hombres de Pávirich, siguiendo las órdenes del comerciante, se habían situado cada uno detrás de un caballo, látigo en mano.

Antes de alejarse, Grígor palmeó el pecho de Danko y le acarició la estrella de la frente.

Pelusa 79

Por un instante, todo quedó en silencio.

— ¡Ya! — gritó Pávirich.

— ¡Ahora, Danko! — dijo, casi al mismo tiempo, Grígor.

El restallar simultáneo de los cuatro látigos sonó como un disparo. Fue visto y no visto. Brutalmente golpeados, los cuatro caballos de Pávirich se levantaron de manos para salir corriendo a todo galope. Pero ni siquiera tuvieron tiempo de volver a posar los cascos en la hierba, un descomunal tirón de cadena los levantó en el aire y dio con los cuatro aparatosamente en el suelo. Uno de los caballos, al caer de espaldas, alcanzó de lleno, con todo su peso, a uno de los hombres de Pávirich en una pierna y se la fracturó por varios puntos. Los gritos de dolor del caído se mezclaron con los relinchos no menos atormentados de los cuatro caballos, que, al improviso, se vieron arrastrados como por un torbellino, rodando por la pradera sin control, a punto de que las cabezas les fueran arrancadas del tronco.

— ¡Quieto, Danko! — gritó Grígor, con toda la fuerza de sus pulmones.

Pelusa 79

Danko se paró en seco. Aquello salvó la vida a sus cuatro congéneres. Grígor corrió hacia los caballos para socorrerlos.

—Lo siento. —dijo con lágrimas en los ojos, mientras los liberaba de la cadena—, ni Danko ni yo queríamos haceros daño..

Treinta o cuarenta metros más allá, en el punto donde habían caído los caballos, el hombre de la pierna rota se retorció de dolor, en medio de grandes alaridos. Cuando Grígor llegó junto a él, ya abuelo Josua, Alexandra y algunos compañeros del herido lo estaban atendiendo. Lo levantaron en volandas y lo llevaron a la carreta.

—Hay que entablillar inmediatamente esa pierna. Iré por unos palos —dijo abuelo Josua.

A todo esto, Pávirich no se había movido de su sitio. Seguía allí, mudo de estupor, sin terminar de creer que lo que acababa de presenciar fuese real.

—¿Está satisfecho ahora, señor? Por su culpa un hombre ha resultado herido y cuatro caballos han estado a punto de perder la vida —dijo Grígor.

—Yo... —empezó a decir el comerciante.

Pelusa 79

—Esto se acabará ahora mismo —le atajó Grígor—. Le demostraré primero que Danko entiende todo lo que yo le digo y después correrá. En cuanto haya terminado, pedirá usted disculpas a mi abuelo, pagará lo convenido a estas gentes y nos dejará en paz. ¿Qué quiere que le ordene al caballo?

Pávirich no había salido aún de su aturdimiento.

—No sé, muchacho..., cualquier cosa —contestó.

—¡Danko! —llamó Grígor—. ¡Ven!

Danko obedeció al punto y se acercó al trote hasta donde estaba el niño.

—¿Le parece a usted bastante si le digo que vaya a la carreta donde está el herido, apoye una pata, la derecha o la izquierda, o las dos juntas, lo que usted prefiera, en la parte de atrás de la carreta y lama la pierna fracturada de aquel hombre, para demostrar que entiende cuando le hablo? —preguntó Grígor

—¿Cómo? —balbuceó el comerciante.

—No podemos perder más tiempo, señor. Ordéneselo primero usted.

Como si hablara con un fantasma, Pávirich ordenó a Danko que hiciera, levantando la pata delantera

Pelusa 79

izquierda, lo que Grígor acababa de sugerirle, pero el potro no se movió. Continuó al lado de Grígor, indiferente.

Entonces Grígor se volvió de espaldas a Danko y se sentó en el suelo. Dejó que transcurrieran algunos segundos, en silencio. Después, sin hacer el más mínimo gesto, dijo:

—Danko, vete y haz lo que te pedía este hombre.

En una breve galopada, Danko se acercó a la carreta, apoyó en ella la pata delantera izquierda y lamió la pierna rota del accidentado. Los otros, al ver aquello, se retiraron despavoridos.

—¡Este caballo está embrujado!

Pávirich empezó a sentirse mal. Notó que le faltaba el aire. Pequeñas gotas de sudor le empapaban la frente y el cuello. A toda prisa, se quitó el pañuelo de seda y se desembarazó del abrigo blanco de piel de zorro. Lo dejó caer sobre la hierba y se sentó encima, con la cara descompuesta.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Grígor, apiadado de verlo en aquel estado.

—Nada, muchacho, nada... Ya ha pasado.

Pelusa 79

—Señor, no quiero que por mi causa sucedan más desgracias. Ahora va usted a ver correr a Danko, pero no en compañía. No hace falta que otros caballos corran con él. Aquí, en las montañas, el terreno es desigual y puede ser muy peligroso para los caballos que usted ha traído. Estoy seguro de que bastará con que lo vea usted galopar a él solo.

Pávirich no contestó. Hizo tan sólo un gesto de asentimiento con la mano, que muy bien podía querer decir que había visto bastante.



Pelusa 79

Grígor volvió a llamar a Danko y le ordenó que corriese hasta el próximo bosque de abedules y regresase después a su lado.

Como había ocurrido con las pruebas anteriores, cuando Danko empezó a correr los primeros sorprendidos fueron los propios habitantes de Batalay. Sabían que Danko no era un caballo como los demás, pero lo que estaban viendo los dejó a todos estupefactos. Sólo entonces empezaron a comprender que eran muchas más las cosas que ignoraban de aquel animal extraordinario que lo que de él sabían. ¡Dios santo, aquello no era un caballo al galope; aquello era un meteorito de fuego y oro desplazándose a una velocidad vertiginosa a ras de suelo!

— ¡Viva Danko! ¡Viva Danko! — gritaron enardecidos.

Las voces de júbilo de los habitantes de Batalay llenaron los valles vecinos y su eco lo repitieron las montañas a través del aire diáfano de la tarde.

Pávirich se levantó y fue a pedir disculpas a abuelo Josua. Al pasar junto a la carreta ordenó a sus hombres que bajaran el cofre donde guardaba el oro.

Pelusa 79

–Pagad dos krunois a cada hombre, mujer o niño de este pueblo y vámonos de aquí –dijo, mientras subía a su cabalgadura.

–Pero, jefe, ¿te has vuelto loco? –protestó uno de ellos.

–Pagad y cerrad el pico –repitió tajantemente Pávirich.

5 Una jaula para Danko

HABÍAN pasado varias semanas desde el encuentro en Batalay. A más de una jornada de distancia del pueblo, en un claro del bosque, Pávirich y sus hombres ultimaban los preparativos.

—No podemos permitirnos ningún fallo. Quiero ese alazán como sea, cueste lo que cueste —repetía una y otra vez el comerciante.

La noche era fría y los secuaces de Pávirich habían encendido un gran fuego en medio del campamento donde se habían refugiado.

—Todo saldrá a pedir de boca, jefe, pero debemos darnos prisa, pronto vendrán las primeras nieves y entonces todo se hará más difícil —dijo uno de ellos.

—Sí —agregó otro—, tenemos que estar en Perja antes de que llegue el invierno.

Pávirich extendió las manos hacia la hoguera para calentarlas.

—¿Cuándo dijo el herrero que estaría lista la jaula? —preguntó.

Pelusa 79

—Mañana por la mañana la tendremos aquí, patrón — contestó alguien.

—¿Habéis vigilado bien todos los movimientos del pueblo?

—Día y noche, jefe. Nadie sospecha nada.

—Bien. Entonces repasemos por última vez el plan. Pero, ante todo, no olvidéis una cosa, nada de hacerle daño al muchacho. Con él en nuestro poder, tenemos garantizada la obediencia del animal y, por tanto, el asombro del público. Y con el asombro del público, amigos míos, tal cantidad de oro, que no encontraremos arcones bastantes para guardarlo.

A la luz de la hoguera, el grupo formaba un cuadro poco recomendable. Sucios, con la barba y los cabellos sin arreglar, habían perdido completamente el aire de inocencia que se habían esforzado en aparentar mientras estuvieron en Batalay, el día del encuentro con Danko. Su verdadera naturaleza estaba allí, en aquella botella de aguardiente de cerezas que pasaba de mano en mano. Rufianes al servicio de un comerciante sin escrúpulos que había hecho una fortuna a costa de ingenuas víctimas.

Pelusa 79

—No te lo quiso vender y va a tener que regalártelo, ¿eh, jefe? —dijo uno, echándose a reír a carcajadas. Los demás lo imitaron.

El plan había sido estudiado minuciosamente. En un primer momento habían pensado capturar sólo a Danko, pero desistieron pronto de esa idea porque comprendieron que iba a resultar poco menos que imposible apresarlo. Decidieron entonces raptar también a Grígor y, a través de él, obligar al potro a que se dejase capturar. Además, sin Grígor a su lado, Danko de poco les iba a servir para sus proyectos, puesto que sólo atendía a órdenes del muchacho.

—Ese potro se dejaría matar antes que someterse a otro
—había dicho Pávirich.

Los espías apostados en el bosque cercano a Batalay habían descubierto que Grígor solía salir a pasear con Danko todas las tardes, cuando Jákov regresaba del trabajo. Tres hombres con una red y un lazo los esperarían en algún paso obligado del bosque, encaramados a los árboles. Otros dos, armados con carabinas, estarían ocultos tras los árboles, a pocos metros de distancia. Mantendrían sus caballerías alejadas para impedir que Danko las oliese. Y ellos mismos se frotarían todo el cuerpo con hojas

Pelusa 79

machacadas y hierbas olorosas para no ser descubiertos por el finísimo olfato del alazán. Tan pronto como Grígor estuviese suspendido de la cuerda, los emboscados detrás de los troncos saldrían al sendero y amenazarían con matar al potro si Grígor no seguía sus instrucciones al pie de la letra. El resto era fácil. Grígor no permitiría que hiciesen daño a Danko y el caballo haría lo que el chico le ordenase. Los conducirían al campamento, donde ya les estaría esperando la jaula, y de allí, a toda prisa, se dirigirían a Perja, a cuatro días de marcha. En Perja los subirían al tren, atravesarían la frontera del remo por el este y los llevarían lejos, muy lejos, a la tierra de las inmensas llanuras, donde nadie pudiera reconocerlos y las ganancias del espectáculo estuviesen garantizadas.

Cuando al amanecer del día siguiente se presentó el herrero con la jaula subida a una carreta, en el improvisado campamento de Pávirich remaba una gran agitación. Los cinco hombres que debían llevar a cabo el secuestro se disponían a partir hacia Batalay

—Te estábamos esperando, herrero —dijo Pávirich—. Has hecho un buen trabajo.

El pobre herrero, ignorante de cuanto ocurría, preguntó:

Pelusa 79

— ¿Para qué queréis la jaula? ¿Vais a dar caza a alguna fiera? ¿Lobos? ¿Un oso, quizá?

— Exactamente, herrero. Un feroz oso pardo por cuya piel nos ha prometido quince krunois de oro un rico conde de Bratiskaia, que la quiere para hacer un abrigo de una sola pieza a su mujer, la señora condesa — contestó Pávirich.

— ¿Pero no hay osos en Bratiskaia, que tenéis que venir tan lejos a buscarlos?

— Sí, también en Bratiskaia hay osos — respondió Pávirich, empezando a impacientarse —, pero sus pieles no son tan buenas como las de los de por aquí.

— Tengo más de sesenta años y es la primera vez que oigo tal cosa. Si me hablaseis de caballos..., pero osos. ¿Sabéis que en estos valles y en estas montañas se crían los mejores caballos del reino? Sin ir más lejos, en Batalay, una pequeña aldea a poco más de una jornada de distancia, hay un potro de tres años que dicen que...

— ¿Caballos? — le interrumpió bruscamente Pávirich —. ¿Qué nos importan a nosotros los caballos? Basta de charla, herrero. Cobra tu trabajo y vuelve a tu fragua. El oso puede aparecer en cualquier momento y es peligroso. Será mejor que te largues.

Pelusa 79

– Ya me voy, señor Gracias.

Cuando el herrero desapareció con su carro, el sol asomaba como una media naranja incandescente por entre las montañas. Una luz de color azafrán se reflejó en el azul oscuro del hierro recién trabajado de la jaula.

– Prepárame una taza de té bien cargado y trae acá esa botella – ordenó Pávirich a uno de sus hombres.

– Sí, jefe.

6 Camino de Perja

APENAS había transcurrido un día entero desde que los hombres enviados por Pávirich a Batalay habían partido. Durante todo ese tiempo, otros dos forajidos habían montado guardia en el campamento, turnándose, las veinticuatro horas del día.

El sol se elevaba ya por encima de las montañas, cuando el que vigilaba en aquel momento advirtió, dando un silbido, que alguien se acercaba.

—Preparaos, alguien viene. Pueden ser ellos —dijo Pávirich.

Todo el mundo guardó silencio. Primero se percibió solamente el ruido de los pasos de los caballos, pero pronto aparecieron los hombres de Pávirich, entrevistados tras los árboles que conducían al claro del bosque.

Caminaban en formación. Delante marchaba un jinete al que seguían, a no mucha distancia, Danko y Grígor. A ambos lados de Danko, con las carabinas constantemente apuntando a la cabeza del caballo, iban otros dos. Grígor había sido atado con las manos a la

Pelusa 79

espalda. La cuerda, sujeta por el otro extremo a la silla de montar del hombre que iba delante, le subía por la espina dorsal y le bajaba luego por un hombro hasta llegar al primer caballo. Era una posición arriesgadísima que hubiera provocado fácilmente la caída de Grígor al suelo si Danko no hubiese mantenido en todo momento la distancia justa entre él y el caballo que le precedía. La idea había sido de uno de los secuestradores:

—Ya que este caballo sabe hacer tantas cosas, vamos a ver cómo anda de reflejos.

Los demás, al principio, se habían opuesto:

—No tenemos tiempo para andar jugando, Gorik.

—¡El chico caerá y puede partirse los dos brazos o descalabrarse! ¡No lo ates así!

—Ya sabes lo que dijo Pávirich. Si le ocurre algo al muchacho te arrancará la piel a tiras, Gorik.

Pero, al final, la opinión de Gorik había logrado imponerse:

—Escuchad, atajo de estúpidos. He visto hacer a este caballo cosas que no sería capaz de hacer ni el mismísimo diablo. Pero si no puede impedir que el

Pelusa 79

chico caiga, es que no vale tanto como creemos y, en ese caso, mejor será no continuar jugándonos el pescuezo y que Pávirich se las entienda solo. Las noticias vuelan, y pronto se sabrá lo que hemos hecho. Nos buscarán por todas partes y hay todavía varios días de marcha hasta la frontera. Pero si impide que se caiga, estoy dispuesto a seguir con este asunto hasta los infiernos, porque significará que de verdad tiene conocimiento y eso nos dará más oro del que ha circulado en este reino desde que el mundo es mundo.

Los otros estuvieron de acuerdo.

Cerraban la marcha los dos jinetes a cuyo cargo había estado el manejo de la red.

Cuando llegaron al claro, Pávirich salió a recibirlos con los brazos abiertos.

— ¡Bienvenidos, amigos! ¿Cómo ha ido la operación?

— Sin problemas, jefe. Aquí tienes el caballo y al chico, sanos y salvos, como querías.

— Estupendo, muchachos, lo habéis hecho muy bien. Pero ¿por qué lo traéis atado con las manos a la espalda?

Pelusa 79

—Por seguridad, jefe —contestó Gorik—, y además para demostrarte que éste es de verdad el caballo más inteligente del mundo, el animal que nos hará ricos.

—¿Cómo es eso? —preguntó Pávirich.

Gorik le contó entonces cómo, durante todo el camino, a pesar de cabalgar por terrenos muy desiguales, subiendo y bajando pronunciadas pendientes, atravesando bosques, cruzando riachuelos, Danko había mantenido tan prodigiosamente la distancia justa del caballo que abría el paso, que la cuerda no había rozado ni tan siquiera el cuello del muchacho.

—¡Magnífico, magnífico! ¡Este caballo no pertenece al reino animal! —exclamó entusiasmado Pávirich.

—Pertenece al reino animal, señor, pero ha crecido con cariño desde el vientre de su madre, que es algo que le ha debido de faltar a usted. Es usted un mal hombre, señor —dijo Grígor.

—Pero tú vas a ser un buen muchacho y mantendrás la boca cerrada de ahora en adelante y harás sólo lo que yo te ordene, si no quieres que le ocurra algo a tu potro —dijo Pávirich, y añadió, dirigiéndose a los que lo traían—: Desatadlo y que desmonte.

Pelusa 79

Dos hombres desataron a Grígor, que de un salto bajó a tierra y se quedó al lado de Danko. Pávirich se les acercó.

—Vamos a ver si queda claro, muchacho —empezó diciendo—. Si tu caballo intenta escapar en algún momento o no hace exactamente lo que yo te ordene que le digas que haga, mis hombres tienen orden de dispararle a la cabeza, sin más, ¿entendido? Prefiero dejar de ganar una fortuna a que se burlen de mí. Ya lo sabes.

—Nadie disparará por mi culpa a Danko, señor, pero, ¿adonde nos llevan?

—Así está mejor ¿Que adonde os llevamos? Lejos, muchacho, lejos, donde nadie nos conozca y tu caballo pueda trabajar para mí —contestó Pávirich con malévola sonrisa.

—Mi padre y mi abuelo nos encontrarán —dijo Grígor—. Conocen estos bosques y estas montañas como la palma de la mano. Pero no vendrán solos. Todos los hombres del pueblo vendrán con ellos y entonces deseará usted no haber puesto nunca los pies en Batalay



Pelusa 79

La carcajada burlona de Pávirich asustó un poco a Grígor

—Muchacho, no tendrán tiempo de encontrarnos; partimos ahora mismo y les llevamos más de un día de ventaja. ¿Ves esa jaula? Ordena a tu caballo que suba a la carreta y entre en ella, después, métete tú también dentro.

El niño obedeció; pero, cuando Pávirich echó el cerrojo, Grígor sintió por primera vez ganas de llorar

— ¿Adónde nos llevan, Danko? — dijo muy bajito.

Danko agachó la magnífica cabeza hasta el pecho del niño y le dio un par de cariñosas topadas. Era su forma de decirle que no se preocupase. Grígor se sintió más tranquilo.

— Cubrid la jaula con ramas. No quiero que se vea ni un solo barrote — ordenó Pávirich.

Varios hombres cubrieron la jaula con ramas de árboles, que ataron a los hierros, y, en efecto, la jaula desapareció de la vista, pero en cuanto se pusieron en movimiento, Danko buscó enseguida una rendijita en el techo por la que se podía ver el cielo.

Pelusa 79

Anduvieron todo el día. Al llegar la noche, el grupo se detuvo para comer algo y dejar descansar un par de horas a los caballos. Cuando reemprendieron la marcha, Danko volvió a su observatorio del techo de la jaula. En silencio, meneó varias veces la cabeza en señal de

asentimiento. Grígor comprendió. Allá arriba, en el infinito, brillaban las estrellas, y mientras hubiese estrellas Danko sería capaz de reconstruir paso a paso el camino de regreso a casa.

7 La llamada de abuelo Josua

MIENTRAS tanto, en Batalay todo era movimiento y agitación. Desde la tarde en que Grígor y Danko no habían regresado, nadie había dormido en la familia. Al principio sólo Jákov había salido en su busca, cuando todavía habían pasado pocas horas desde la desaparición. Había ensillado a Laila y había cabalgado inútilmente por el bosque, llamándolos a cada paso:

— ¡Grígooor! ¡Dankooo!

Pero su voz se perdía en la noche del bosque y la única respuesta era el canto electrizante de las lechuzas, lejano.

Cuando el padre de Grígor comprendió que él solo no podría encontrarlos, volvió a Batalay y contó lo que ocurría.

— Ni rastro de ellos. Como si se los hubiera tragado la tierra... — dijo, desesperado.

— ¿Dónde podrán estar, Dios mío? ¿Qué hacemos, Jákov, qué hacemos? — musitó Alexandra.

Abuela Malva no decía nada. Abuela Malva se había sentado en el escaño frente al fogón con las manos cruzadas encima del regazo y lloraba en silencio,

Pelusa 79

suavemente, sin que se le notase apenas. Con los ojos llenos de lágrimas, sus pupilas se volvían de un azul tan claro que parecían transparentes.

—No se han podido perder, algo les ha ocurrido — dijo Jákov

—¿Y qué hacemos aquí parados? Pidamos prestadas dos caballerías y volvamos al bosque, esta vez los tres, padre, tú y yo, y que madre espere aquí en casa — dijo Alexandra.

Abuelo Josua, que hasta entonces no había abierto la boca, se pasó las dos manos por la frente, echó hacia atrás el pelo y dijo: —No se han perdido. Danko es incapaz de perderse. Tampoco han sufrido un accidente. Los han raptado y me parece que sé quién ha sido.

—¿Qué dice, padre? ¿Raptado? — exclamó Alexandra.

—Sí, estoy seguro. ¿Os acordáis del comerciante? Quiere recuperar su dinero y ganar aún mucho más con Danko. Lo vi en sus ojillos de rata cuando se marchaba, pero no se saldrá con la suya. Iré casa por casa y llamaré a todos los hombres del pueblo. Ahora es inútil perseguirlos, tenemos que preparar el viaje. Es

Pelusa 79

posible que esos facinerosos vayan armados. Saldremos al amanecer

Aquella noche sólo los niños durmieron en Batalay. A la llamada de abuelo Josua acudió todo el pueblo como un solo hombre. En todas las casas se encendieron los faroles, las mujeres en las cocinas preparaban las alforjas para lo que podía ser un largo viaje; los hombres revisaban las sillas de montar, las escopetas y los cuernos de caza y daban una ración doble de cebada a sus caballos.

Cuando, con las primeras luces, partieron con abuelo Josua y Jákov a la cabeza, parecían un ejército.

8 Las largas noches del tren

—¡ MÁS de prisa, más de prisa o no llegaremos a tiempo! —chilló Pávirich.

—Los caballos no pueden más, jefe, están a punto de reventar, llevan tres días sin parar de correr; apenas han descansado y han comido muy poco.

—¡No me importa que revienten! Tenemos que llegar a Perja antes de que salga el tren, porque no volverá a pasar otro hasta dentro de siete días. ¿Queréis que se nos echen encima los leñadores? Si la noticia llega a la ciudad antes que nosotros, podéis ir preparando vuestros lindos pescuezos, porque somos carne de horca. Hay que atravesar la frontera antes de que la guardia real sea alertada.

¿Perja? ¿El tren? A Grígor le dio un vuelco el corazón. Así que el malvado Pávirich pensaba sacarlos del reino... Si su padre y abuelo Josua no lograban detener a los bandidos antes de llegar a Perja, Danko y él estaban perdidos. Grígor había oído hablar alguna vez de Perja. Era una de las ciudades importantes del reino, pero estaba muy lejos de Batalay. Había oído decir que allí estaban las minas de donde se sacaba el oro para acuñar los krunois. Recordaba haber oído que había

Pelusa 79

farolas de gas por las calles y casas de varios pisos en las que se podía comprar de todo, desde copas de cristal para las mesas de los ricos hasta clavos para las herraduras. Pero sobre todo Grígor sabía que por Perja pasaba aquel invento nuevo al que llamaban tren, que decían que era como un gran carro de hierro, pero sin caballos, que caminaba por unas barras también de hierro y echaba humo y podía arrastrar muchas carretas detrás. ¿Cómo había dicho papá que se llamaban? ¿Vagones? Eso, vagones, cargados hasta arriba.

A Grígor le dolía todo el cuerpo. Llevaba tres días encerrado con Danko en aquella jaula y tenía los brazos y las piernas llenos de magulladuras, de pegarse contra los barrotes. Apenas había comido más que una sopa de cebolla y unos trozos de pan de centeno cada día. Tampoco a Danko le habían dado de comer demasiado, sólo algo de paja mezclada con un poco de cebada y unos cuantos cubos de agua.

Anocheceía cuando, a lo lejos, se vieron las luces de la ciudad.

— ¡Perja, jefe! — gritó uno de los hombres de Pávirich.

Pelusa 79

—Ya lo veo, imbécil. Ocúpate de llegar cuanto antes y cierra el pico —contestó Pávirich.

Cuando llegaron a la estación era ya noche cerrada. Las ramas que ocultaban los barrotes eran tan tupidas que Grígor apenas podía ver más que el blanco resplandor de las farolas. Separó algunas hojas con los dedos y logró ver a Pávirich, que hablaba con un hombre vestido de gris, con gorra roja. Había mucha gente con cestos de mimbre y bolsas de cuero, esperando. Mujeres con niños en los brazos, ancianas que llevaban cestas por las que asomaban cabezas de gallinas o gansos; viejos que fumaban en pipa, como abuelo Josua. Había también algunos trineos recién hechos, amontonados junto a una farola y atados con cuerdas. Un grupo de personas se calentaba alrededor de una hoguera encendida en el suelo, y al fondo, casi ocultos en las sombras, había unos pastores con perros junto a un hato de vacas.

Grígor vio que Pávirich se despedía del hombre de la gorra roja y venía hacia la jaula. El niño se retiró de junto a los barrotes. Pávirich se acercó y pegó la cara a las ramas.

—Escucha, muchacho —dijo—, dentro de un momento vamos a abrir la jaula y tú y tu caballo bajaréis

Pelusa 79

tranquilamente. Te recuerdo que al menor gesto sospechoso, si gritas pidiendo auxilio o intentáis escapar, le volaremos la tapa de los sesos a tu querido Danko. Tú eliges.

—Ya le dije una vez que nadie dispararía a Danko por mi culpa, señor —contestó Grigor.

—Muy bien. El tren llegará de un momento a otro. Caminaréis lentamente por esa senda, tú delante y tu caballo detrás. Los dos últimos vagones son para el ganado. Subiréis a uno de ellos. En el otro irán unos pastores con vacas, pero tú no los has visto, ¿entendido? No te quejarás, vais a tener un vagón para vosotros dos solitos, con paja, cebada y agua para varios días. Para ti encontrarás carne seca de cabra, pan suficiente y un cesto de manzanas. Os subiremos las provisiones al tren y controlaremos que todo sigue en orden en las paradas.

—¿Adónde nos llevan, señor? —dijo Grigor, rompiendo a llorar

—A ver mundo, muchacho, a ver mundo. Y deja de llorar como una niña asustada. Nada malo os ocurrirá si obedeces y haces que tu caballo obedezca también.

Pelusa 79

Hacía frío. Con las carabinas listas para disparar mal disimuladas bajo las pellizas, dos hombres marchaban a ambos lados de Danko. Al llegar cerca de los pastores que esperaban para subir sus vacas al tren, se detuvieron.

—Dile a tu caballo que no se le ocurra hacer ninguna tontería cuando llegue al tren —dijo uno de los hombres—. ¡Y sécate esas lágrimas!

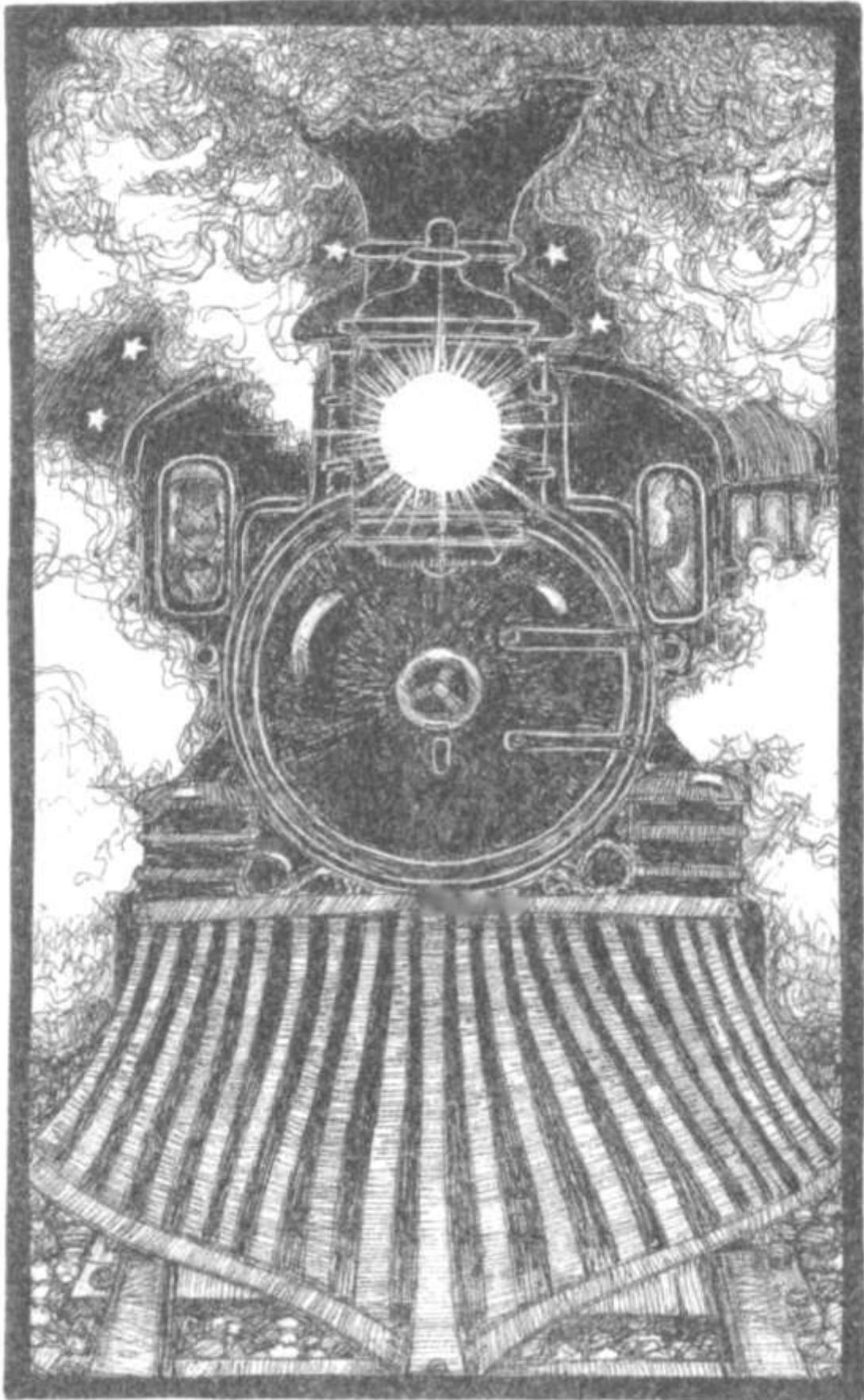
Grígor no contestó. Se limitó a volverse hacia Danko y le acarició la estrella de la frente.

Grígor no supo cuánto tiempo pasaron allí, esperando. Miraba los raíles y le parecía mentira que por aquellas barras de hierro pudiera rodar una máquina que llevaba personas, cosas y animales dentro, sin caerse.

De pronto lo oyó. Era un silbido metálico, como de cien cuernos soplando juntos.

Y después apareció tras la luz redonda, negro, arrollador, envuelto en humo, con un estruendo que hacía temblar la tierra, como un monstruo

Pelusa 79



Pelusa 79

de hierro en medio de la noche. A Grígor le hubiera gustado ver el tren en otras circunstancias, pero a pesar de todo se sintió impresionado. Cuando el tren se detuvo, los últimos vagones quedaban lejos del andén. Grígor vio cómo la gente empezaba a subir sus cosas. Después alguien corrió también las puertas de los dos últimos vagones. Dejaron caer dos rampas de madera y los pastores hicieron subir por una de ellas a las vacas.

—Vosotros subid ahí —dijo uno de los hombres de Pávirich, señalando el vagón que quedaba libre.

Grígor le dio una palmada en el pecho a Danko y el caballo subió al tren. El niño lo siguió. Había paja sucia esparcida por el suelo y en una esquina algunos haces sin desatar. En lo alto de las paredes del vagón había dos ventanillos con rejilla por los que entraba el aire frío de la noche. Grígor observó que Danko miraba una y otra vez, inquieto, el techo cerrado del vagón.

—Nos han robado también las estrellas, Danko...

Danko agitó la cabeza y se acercó a uno de los respiraderos, nervioso.

Al poco llegaron tres hombres de Pávirich que traían las provisiones. Grígor se preguntó de dónde las habrían sacado. Los dos hombres armados que habían

Pelusa 79

conducido a Grígor y a Danko hasta el vagón no se habían movido de sus puestos. Cuando la comida estuvo dentro, volvieron a subir la rampa y cerraron la puerta.

— ¡Buen viaje, muchacho! — dijo burlonamente uno de ellos dando un puñetazo en la cerradura.

Grígor aún llegó a oír las carcajadas de sus compañeros, que se alejaban. Montó sobre Danko para poder mirar a través del ventanillo. Esperaba oír todavía el relincho de Laila en la noche, el alocado galopar de los caballos de Batalay, los cuernos de caza de su padre y de abuelo Josua, que venían a rescatarlos. Pero cuando el tren, dando un silbido, se puso otra vez en movimiento, perdió toda esperanza. Se abrazó al cuello de Danko y dejó que sus lágrimas corriesen por las crines de oro del caballo.

9 Las puertas del paraíso

¿CUÁNTOS días habían pasado? Cuatro, quizá cinco. Grígor no lo sabía con certeza. Las noches y los días se sucedían sin que tuviera conciencia exacta del tiempo. Comía cuando tenía hambre y dormía cuando tenía sueño. Para dormir se acurrucaba entre las patas delanteras de Danko, junto a su vientre cálido, para evitar morir de frío.

El tren había entrado en el invierno.

Atravesaba ahora una interminable llanura nevada, salpicada de pequeñas aldeas de pastores, casi sepultadas bajo la nieve. El tren se había detenido algunas veces y había cargado y descargado equipajes, personas y animales en varias estaciones. En la última de ellas, la puerta del vagón se había abierto y Pávirich había aparecido, acompañado de un hombre vestido de verde que llevaba un sable al cinto e insignias de colores en el pecho. Pávirich se entendía por señas con el hombre del sable, que respondía con frases muy breves que Grígor no comprendía. Pávirich le mostró unos papeles. El de las insignias dijo algo y Pávirich sacó apresuradamente una bolsa de cuero que llevaba colgada al cuello, bajo la camisa. Grígor vio cómo contaba vanos krunois de oro y se los daba al hombre

Pelusa 79

del sable, que hizo un gesto de aprobación con los párpados y se dio media vuelta. Pávirich se frotó las manos y sonrió. Luego la puerta se había vuelto a cerrar y Grígor y Danko quedaron otra vez solos.

Después todo había sucedido muy deprisa. Otra jornada de viaje en la que el tren se había detenido con más frecuencia y, al final, una estación llena de gente. Aterido de frío, Grígor casi no se dio cuenta de cómo él y Danko eran conducidos fuera del tren, a la periferia de la ciudad. Sin saber cómo, se encontraron dentro de un recinto de madera, frente a una inmensa construcción de lona. No lejos de ella, Grígor vio jaulas con animales. Había osos con una argolla en la nariz; monos que chillaban y se colgaban de los barrotes, tigres que se movían sin cesar, describiendo siempre los mismos movimientos.

Pávirich se adelantó y se puso a hablar con un hombre alto y fornido, de grandes mostachos. Mientras Pávirich le hablaba, el hombrón de los bigotes no hacía más que mirar para Danko y estudiarlo con la mirada. Luego se encogió de hombros y le tendió la mano a Pávirich, como si hubiesen llegado a un trato. Pávirich se la estrechó sonriente y hasta se atrevió a darle una palmadita en la espalda.

Pelusa 79

—¿Dónde estamos? —preguntó Grígor cuando el bigotudo se hubo alejado.

—¿Que dónde estamos? En las puertas del paraíso, muchacho, aunque sea un paraíso de invierno — contestó Pávirich de muy buen humor

—¿Qué es esto? ¿Por qué nos ha traído aquí?

—¿De verdad no sabes lo que es esto? ¡Ah, claro, cómo lo vas a saber, si en tu pueblo no había más que leñadores y caballos! Esto es una carpa de circo, muchacho, un circo, un lugar en el que hombres habilidosos y animales amaestrados hacen cosas para divertir a la gente. La gente paga buenos dineros por verlos, ¿entiendes? Y os he traído aquí porque aquí será donde tu caballo empiece a mostrar al público todo lo que sabe hacer. Cuando lo vean actuar quedarán con la boca abierta, muchacho, aflojarán sus bolsas y se pegarán por entrar a verlo, te lo digo yo. Será la estrella del espectáculo y muy pronto todo este circo será mío. Las puertas del paraíso, muchacho, las puertas del paraíso.

—Yo no quiero que la gente pague dinero por ver a Danko, y además quiero irme a casa, señor —dijo Grígor

Pelusa 79

—Tú harás lo que yo te mande, si quieres seguir viendo vivo a tu caballo, muchacho. En cuanto a lo de volver a tu casa, olvídalo. Tu casa está ya tan lejos que no hay caminos para volver a ella. Conmigo viviréis mejor Ni a ti ni a tu caballo os faltará de nada, si obedecéis. Ahora descansa, vuestra primera actuación empieza dentro de unas horas. Mientras tanto podrás darte un buen baño de agua caliente, comerás lo que quieras y hasta podrás dormir un poco. Ordenaré que le den también bien de comer a tu caballo y lo cepillen a conciencia y te traigan a ti ropas nuevas, ropas de artista.

—No se deja, señor —dijo Grígor

—¿Qué es lo que no se deja?

—Danko. No se dejará cepillar por nadie ni aceptará comida que no le dé yo.

—¡Ah, ya! Bueno, pues tú le darás de comer y tú lo cepillarás hasta que brille como el oro —dijo Pávirich—. A mí me trae sin cuidado quién lo haga. ¿Ves ese carromato? De ahora en adelante ésa será vuestra casa.

Id allá, que enseguida os llevarán todo lo necesario.

Pelusa 79

Pávirich se dio media vuelta y echó a andar hacia la parte de atrás del circo.

– Señor... – dijo tímidamente Grígor

Pávirich se volvió.

– ¿Sí, muchacho... ?

– ¿Qué es un artista?

Pávirich quedó un buen rato pensativo antes de responder

– Un artista es una persona que hace que lo real parezca una ficción y lo ficticio parezca realidad.

– No entiendo, señor – dijo Grígor

– No importa, muchacho, ya lo entenderás – contestó Pávirich, y se alejó definitivamente.

Pelusa 79

10 Pasen, señores, pasen y vean

CUANDO Grígor se quedó solo en el carromato, con Danko a la puerta, sintió que el mundo se le venía encima. Empezó a darse cuenta de que estaban secuestrados, en un país extranjero, muy lejos de su casa, entre gentes que hablaban un idioma que él no entendía. Se dio cuenta de que iban a emprender una vida de esclavos de feria a manos de un hombre sin escrúpulos. El repentino recuerdo de su madre y de su padre, de abuelo Josua y de abuela Malva, que estarían desesperados buscándolos donde no podían encontrarlos, le llenó el corazón de una pena infinita.

—Danko, tenemos que volver a casa.

No pudo seguir hablando, porque la tristeza le hizo un nudo en la garganta y las lágrimas le ahogaron la voz.

Danko agitó violentamente la cabeza y golpeó con sus poderosos cascos la nieve endurecida del suelo.

Grígor observó que, desde su llegada al circo, los hombres encargados de la custodia de Danko ya no lo seguían a todas partes, como hasta entonces, sino que se limitaban a ocupar, muy discretamente, posiciones de vigilancia en la única puerta de entrada al recinto. El recinto era una empalizada alta, de más de dos

Pelusa 79

metros de altura, construida con troncos partidos a la mitad. Grígor se quedó mirándola fijamente. Todavía con la voz entrecortada, pero animado de repente por una lucecita de esperanza, dijo:

– ¿Podrías saltarla, Danko?

Danko dijo que sí con la cabeza y resopló en el cuello de Grígor, como hacía siempre que quería darle ánimos. Al niño se le iluminaron los ojos, iba a empezar a preparar con Danko el plan de fuga, cuando en el carromato se presentaron cuatro hombres pequeñitos que traían la ropa y la comida para Grígor y un haz de alfalfa seca para Danko. Tras ellos venían otros dos muy altos con una tina de agua humeante. A Grígor le llamaban la atención sobre todo los bajitos, nunca había visto hombres tan pequeños. Caminaban inclinándose de un lado para otro, como si fueran a caerse, pero sus caras eran alegres y sonreían.

– Hola, pequeño jinete, vas a parecer un príncipe con este traje – dijo uno de ellos.

– ¿Habéis visto qué caballo? – dijo otro.

– ¡Ah!, pero ¿habláis mi idioma?

– A fuerza de rodar por el mundo hablamos muchos idiomas, hijito.

Pelusa 79

— ¿Quiénes sois? — preguntó Grígor

— Somos los hermanos Koslay Y esos dos grandullones que te traen el agua son Plit y Plot, pero ellos no te dirán nada, porque no hablan nunca.

— ¿Y por qué no hablan?

— Porque están tristes.

Grígor miró a los dos gigantes que traían la tina. Tenían la cara larga y delgada y unas manos enormes. Grígor se fijó en sus ojos hundidos y le pareció que contenían todo el abandono del mundo. Los miró con ternura y les sonrió.

— Hola, Plit; hola, Plot. ¿Quién de vosotros es Plit y quién es Plot? — preguntó.

— Yo soy Plit — dijo uno.

— Y yo Plot — agregó el otro.

— Yo me llamo Grígor y éste es Danko, mi caballo.



Pelusa 79

—¿Queeé? —exclamaron a coro los hermanos Koslay mirando para arriba.

—¡Esto es un milagro, pequeño jinete! ¡Hacía quince años que Plit y Plot no abrían la boca delante de nadie! ¡Esto hay que celebrarlo! —dijo el que llevaba la alfalfa para Danko. Y dejando el haz en el suelo, dio una voltereta hacia atrás, en el aire.

—Es que cuando uno está triste no tiene ganas de hablar A mí también me pasa —dijo Grígor—. ¿Vosotros nunca estáis tristes?

—A veces —dijo el que sostenía el traje.

—¿Vivís siempre en el circo? —preguntó Grígor

—Sí, aquí nos dan de comer La gente paga por vernos. Les hacemos reír

—¿Pero os gusta que se rían de vosotros? ¿Por qué no os vais?

Los cuatro hermanos Koslay se pusieron repentinamente serios. También los rostros de Plit y Plot se ensombrecieron de nuevo. Todos callaron. Por fin, el que había dado el salto mortal hacia atrás dijo:

—Porque somos pequeños.

Pelusa 79

–Y nosotros porque somos demasiado grandes –dijo Plit.

–No es bueno vivir encerrados sólo porque no se es como los otros –dijo Grígor

–Pero ¿adónde podemos ir? –preguntó uno de los hermanos Koslay

–Fuera, a la vida, a la libertad de los bosques y los caminos –contestó Grígor

–Se reirían de nosotros. Ya lo hemos intentado antes de venir aquí –dijo Plot.

–Nadie se reiría de vosotros en Batalay

–¿Dónde? ¿Y tú por qué has venido?

Grígor iba a contestar, cuando el hombrón de los bigotones salió de detrás de la jaula de los tigres.

–¡Eh, chaglatanes, a vuestgro tgrabajo! ¿Qué hacéis ahí hablando como vergdulegas? ¡Fuega! –dijo.

Los hermanos Koslay dejaron rápidamente las cosas en el carromato y lo mismo hicieron Plit y Plot con la tina de agua caliente.

–¡Viene Wolmut! Adiós, pequeño jinete, tenemos que irnos. ¡Hasta luego! –dijo uno de los Koslay

Pelusa 79

– Adiós, Grígor Tienes un caballo precioso. ¡Suerte! – dijo Plot antes de alejarse.

Grígor quedó pensativo, meditando las últimas palabras del gigante. ¿Suerte? Parecía un mensaje de aliento. Sí, eso era. Sin necesidad de haber hablado mucho, Plot había entendido que él y Danko estaban allí a la fuerza y que pensaban fugarse a la menor oportunidad. Plot se lo explicaría a los demás y tal vez algún día lo intentasen ellos también, recuperar su dignidad de seres libres, aun a costa de perder la tranquilidad y la seguridad del encierro.

– Adiós, amigos.

El hombre de los bigotazos estaba frente a él. Sin duda, Wolmut era el dueño del circo.

– Cepilla a tu caballo y prgepágate. Vamos a veg si sois tan buenos como dice ese Páviguich. Rgápido!

Hablaba con un fuerte acento extranjero, como masticando las erres entre los dientes.

– Los mejores, amigo Wolmut, son los mejores – dijo alguien detrás del carromato.

Grígor reconoció la voz de Pávirich, que apareció frotándose las manos para entrar en calor El ruido que

Pelusa 79

los anillos de sus dedos producían al rozarse atrajo la atención de Wolmut.

—Eso tendrán que demostrarlo esta tarde. El espectáculo empezará pronto, en cuanto estén listos los artistas. Tú sabrás lo que haces, Pávich. Si no es como dices, ya podéis ir largándoos todos con viento fresco —dijo el dueño del circo.

—No habrás visto en tu vida nada igual, amigo Wolmut.

—Eso es pero —contestó Wolmut, y se alejó hacia la carpa.

—Bien, muchacho —empezó a decir Pávich cuando estuvieron solos—. No hace falta que te repita las condiciones. Para la primera sesión bastará con que le hables a tu caballo y pruebes que te entiende. Mándale hacer unas cuantas cosas que no hagan los caballos normales. Quiero ver que la gente se levanta de sus asientos entusiasmada, ¿entendido? Ahora, prepárate.

Cuando Pávich se fue, Grigor empezó a cepillar a Danko y le acercó la alfalfa.

—Come, Danko, quién sabe cuándo volveremos a encontrar comida. Luego comeré yo también y me pondré estas ropas para que no sospechen.

Pelusa 79

El traje era de seda azul, forrado de lana, y tenía el cuello y los puños rojos. De no haber sido porque Grígor se lo había puesto encima de sus propias ropas, le hubiera quedado un poco grande, pero así no se notaba.

Desde el carromato, Grígor vio cómo la gente que esperaba ver el espectáculo empezaba a entrar. La puerta del recinto había sido abierta y una multitud bulliciosa, envuelta en pesados abrigos y cubierta con gorros, se dirigía hacia la carpa. Pávirich apareció de nuevo y se situó al lado de Danko, junto al carromato de Grígor. Se subió a una rueda del carromato y empezó a gritar:

—¡Pasen, señores, pasen y vean! ¡El más hermoso animal del mundo, el más fuerte, el más rápido, el más inteligente! ¡Danko, el caballo que entiende todo cuanto su dueño, el pequeño Grígor, le dice! Pasen, señores, pasen y vean!

La gente, al pasar, miraba a Pávirich, sin entenderle, y sonreía. Pero sobre todo la gente miraba a Danko. Su extraordinaria belleza les hacía volver la cabeza una y otra vez, mientras caminaban.

Pelusa 79

—¡Necesito un intérprete! ¡Desde mañana mismo quiero aquí al mejor intérprete! —chilló Pávirich encolerizado, bajándose de la rueda.

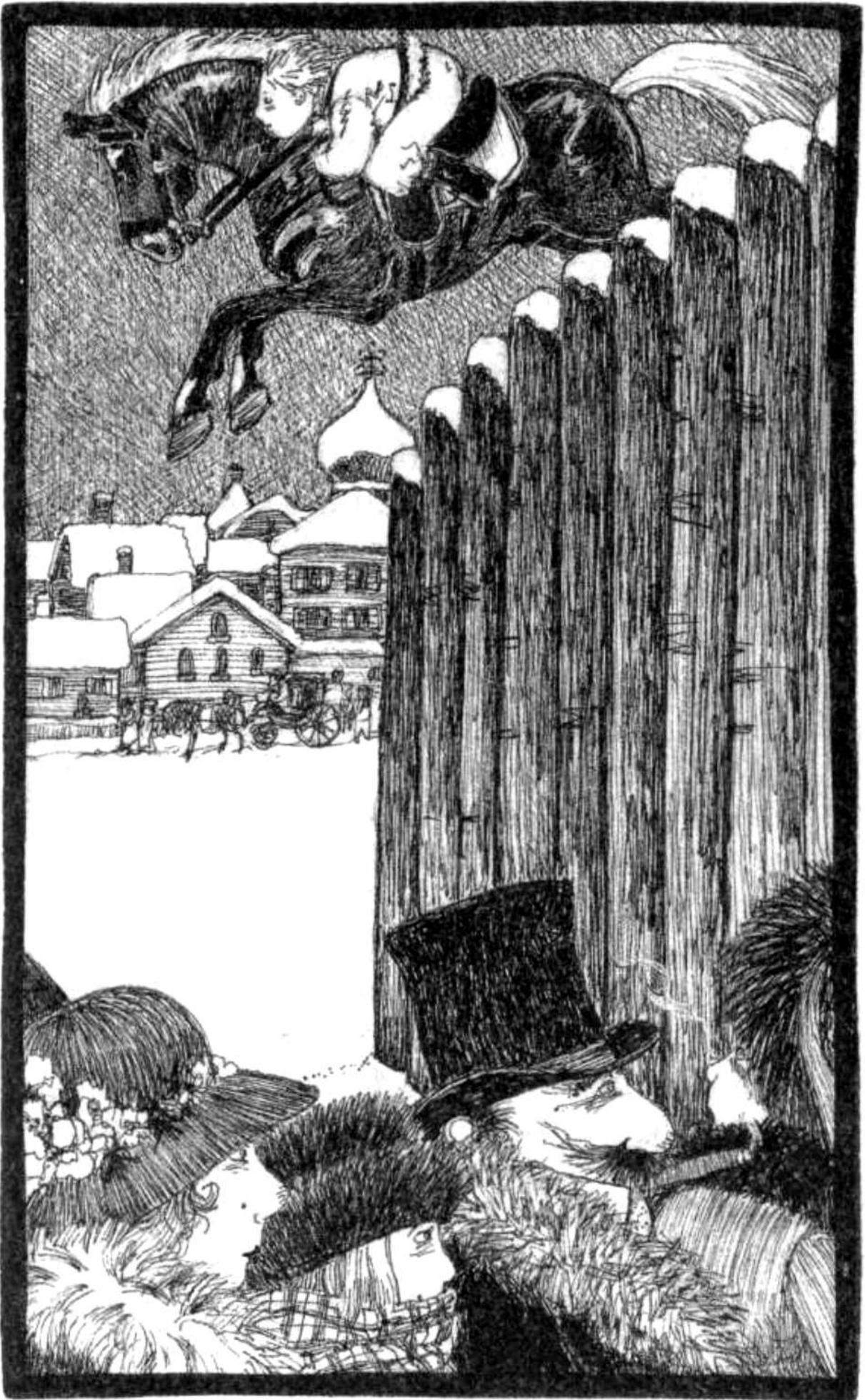
Grígor abrió la puerta del carromato. Al verlo, Pávirich no pudo contener un gesto de admiración.

—¡Estás magnífico, muchacho; pareces un príncipe! ¡Monta y demuéstrales de lo que es capaz este caballo!

—Es lo que pensaba hacer —dijo Grígor, y saltó a la grupa de Danko.

Grígor calculó las distancias. A su espalda quedaba la puerta, por la que continuaba entrando gente y donde seguían apostados los dos hombres armados. A un lado estaban la carpa y el resto de los carromatos; al otro, algo retiradas, las jaulas de los animales. Y rodeándolo todo, la alta empalizada que protegía el recinto.

La larga fila de espectadores pasaba justo por delante. Grígor y Danko la atravesaron despacio, como si se dirigiesen a la entrada reservada a los artistas, en la parte posterior de la carpa. La gente les abría paso y se quedaba quieta, mirándolos. Grígor sentía en la garganta los fuertes



Pelusa 79

latidos de su corazón. Entre ellos y la libertad no quedaba más que aquella muralla de troncos clavados en el suelo.

— ¡Ahora, Danko! ¡Corre, Danko, corre! ¡Salta!

Las personas que lo vieron quedaron paralizadas. Oyeron primero un fragor repentino de cascos, igual que un terremoto, que deshacía en mil pedazos la nieve endurecida, y después vieron, sólo por un instante, un caballo convertido en bola de fuego que saltaba limpiamente, igual que si tuviese alas, los elevados troncos de la empalizada.

No habían terminado de cerrar la boca, cuando el galopar de Danko sobre la nieve era ya sólo un rumor como de tambores lejanos.

11 Un mapa en las estrellas

CORRÍA como ningún caballo había corrido desde la creación del mundo. El propio Grígor sintió un escalofrío ante aquella velocidad vertiginosa y tuvo que cerrar los ojos. Sus crines ondeaban al viento como una vibrante bandera de oro y Grígor se aferraba a ellas con ambas manos, hundida la cabeza entre los hombros, pegado a su cuello. Detrás de Danko quedaba una estela de nieve pulverizada, como la cola de un cometa.

Muy pronto la ciudad y el circo fueron tragados por la lejanía. En la inmensidad de las interminables llanuras, atrás iban quedando campos, pequeñas aldeas y cabañas perdidas en el infinito.

Las energías de Danko parecían no tener límites. Galopó hasta el anochecer sin dar muestras de cansancio, pero Grígor estaba al borde del desfallecimiento. Un frío intensísimo le paralizaba los miembros. Tenía los dedos agarrotados y empezaba a sentir que la nariz y los labios se le congelaban.

—No puedo más, Danko, creo que voy a caerme — dijo.

Danko aminoró suavemente la galopada hasta pararse del todo. Después volvió la cabeza hacia su dueño y le

Pelusa 79

calentó con su aliento el rostro y las manos. Aquello reanimó un poco al niño.

— ¿Sabes dónde estamos, Danko?

El caballo paseó su mirada por el firmamento y dijo que sí con la cabeza.

— Ah, las estrellas... — dijo Grígor, sin fuerzas para moverse.

Sí, allá arriba, en las estrellas, estaba escrito el camino de regreso a casa y Danko sabría encontrarlo. Allí estaba, a su izquierda, hacia el norte, la Osa Menor, con la brillante estrella Polar en la cola. Y un poco más acá, el Carro de los Siete Bueyes, las siete estrellas boreales de la Osa Mayor. A su derecha, hacia el sur, la constelación de Orión, con las tres luminosas estrellas que forman el cinturón del cazador. Al este, a su espalda, Sirio, la estrella más brillante del cielo. Y al frente, la constelación de Pegaso, las cuatro rutilantes estrellas del divino caballo alado.

— Nos moriremos de hambre y de frío, Danko...

Danko resopló enérgicamente y negó con la cabeza. Luego, con sumo cuidado para evitar que Grígor se cayera, se puso de nuevo en movimiento, esta vez muy despacio.

Pelusa 79

Lo último que Grígor vio antes de desmayarse encima de Danko fue la mancha oscura de lo que parecía un bosque en el horizonte.

12 Una loba y tres cachorros

CUANDO Grígor volvió en sí, se encontró en una especie de cueva excavada en la nieve. Se volvió para buscar a Danko, pero el potro no estaba.

—¡Danko, Danko! —gritó, poniéndose en pie y saliendo a la entrada de la cueva.

Un viento helado que arrastraba copos de nieve le azotó la nuca. En la nieve había huellas frescas de Danko. Las huellas salían de la cueva y se dirigían hacia un bosque que empezaba cerca de allí. No había ningún otro rastro. Eso significaba que Danko había salido por propia voluntad del refugio, tal vez para explorar el camino. Grígor se tranquilizó un poco; estaba seguro de que Danko no tardaría en volver. Pensó, de todas formas, salir en su busca, pero enseguida consideró que sería mejor esperar. De noche, en un bosque desconocido, siguiendo las huellas de Danko, no tardaría en morir de frío, si el caballo se había alejado mucho. «A propósito de frío —pensó, mientras volvía a entrar en la gruta—, tengo las manos calientes y ya no me noto la cara helada. Danko me ha estado dando calor hasta hace poco.»

Pelusa 79

En efecto, así era. Al llegar al lindero del bosque, Danko había encontrado una vaguada donde el viento había amontonado la nieve hasta alcanzar un espesor de varios metros. Había depositado a Grígor cuidadosamente en el suelo y después había abierto con las patas un gran agujero en la nieve. Para impedir que la gruta se desplomase sobre ellos y los sepultase, había presionado con todo su cuerpo contra las paredes del interior. Después había arrastrado a Grígor hasta la cueva y lo había mantenido entre sus patas, pegado a su vientre, reanimando los entumecidos miembros del niño con su aliento. Aquello le había salvado la vida, pero Grígor sentía ahora mucha hambre. Buscó acomodo en el lugar donde había estado echado Danko y se acurrucó contra la pared de hielo. Algunos pelos del caballo en la nieve le hicieron recordar qué solo y desvalido estaba sin él.

—Vuelve pronto, Danko —dijo en voz baja, como si Danko pudiera oírle.

Nadie respondió.

Empezaba a dormirse cuando oyó un relincho que venía de entre los árboles.

Pelusa 79

— ¡Danko! — dijo Grígor, y salió arrastrándose hasta la entrada de la cueva.

Danko apareció al poco saliendo del bosque. Traía en la boca muchas raíces y una rama grande, cargada de frutos rojos. Antes de que Grígor lograra ponerse en pie, Danko trotó hasta él y depositó la rama y las raíces en la cueva.

— ¡Danko, has encontrado comida! — dijo Grígor, abrazándose a las patas del caballo.

Las raíces eran frescas y jugosas, recién arrancadas de la tierra. Tenían un sabor dulzón, como de harina con miel. Grígor no sabía qué clase de raíces eran, pero estaba seguro de que si Danko las había elegido era porque podían comerse. Tampoco conocía los frutos de la rama, que eran rojos por fuera y amarillos por dentro, pero les hincó el diente con avidez.

— ¿Y tú no comes, Danko? — preguntó Grígor

Danko golpeó varias veces con una pata la nieve del suelo. Grígor comprendió.

— ¿Ya has comido?

Danko dijo que sí con la cabeza y se tumbó al lado de Grígor esperando tranquilamente a que éste acabara su

Pelusa 79

cena de raíces y bayas silvestres. Cuando Grígor ya no quiso más, Danko se levantó, le mordisqueó la hombrera de su traje azul y tiro de él hacia arriba.

— ¿Quieres que nos vayamos, Danko?

Danko asintió con la cabeza.

— ¿Ahora, con este frío? ¿No sería mejor esperar a que amaneciese?

Danko sacudió tan enérgicamente la cabeza que a Grígor no le quedaron más dudas. Subió a la grupa del caballo y ambos salieron de la cueva camino del bosque. Danko marchaba seguro, como si conociera cada rincón de aquel laberinto de árboles. Sólo de cuando en cuando levantaba la mirada al cielo para consultar la posición de las estrellas. Cuando se hizo de día, el cielo se tiñó de un rosa pálido que hacía brillar como diamantes los perfiles de la nieve en las ramas de los árboles.

De repente, Danko se detuvo y empezó a olfatear el aire en todas direcciones. Movía las orejas hacia atrás y hacia adelante, como intentando oír algo. Grígor aguzó también el oído, pero el silencio era total.

— ¿Qué ocurre, Danko? — preguntó Grígor empezando a preocuparse.



Pelusa 79

Por toda respuesta, Danko apuntó con las ventanas de su nariz hacia un punto escondido del bosque.

– ¿Hay hombres por ahí?

El potro negó con la cabeza.

– ¿Animales? ¡Osos! ¿Hay osos, Danko?

Danko volvió a negar

– ¿Lobos? ¿Hay lobos?

Danko dijo que sí y emprendió un trote ligero hacia aquel punto.

– Pero, Danko, ¿qué haces? ¿Quieres que nos devoren?
– dijo, asustado, Grígor.

El caballo pareció ignorar las últimas palabras del niño y trotó decidido hacia la espesura. Al poco rato, Grígor los vio. Allí, resguardada por unos matorrales que crecían junto a un enorme tronco caído, estaba la guarida. Una loba gris, grande, de ojos rasgados y aspecto fiero, los miraba enigmáticamente. Tenía las ubres hinchadas, llenas de leche, y tres lobeznos jugueteaban a su alrededor

Pelusa 79

Lo que siguió a continuación dejó a Grígor mudo de estupor. Danko dobló primero las rodillas y luego los cuartos traseros hasta rozar el suelo con el vientre. El niño entendió que debía desmontar y así lo hizo. Entonces el caballo, puesto otra vez de pie, se acercó lentamente a la loba. La fiera, al principio, erizó los pelos del cuello y enseñó los dientes, afilados como cuchillos. Grígor pensó que de un momento a otro iba a desencadenarse un terrible combate, pero la loba no se movió.

— ¡Vuelve, Danko! — dijo, lleno de miedo.

Cuando la loba estuvo al alcance de sus patas, Danko hizo algo sorprendente: se dejó caer a tierra cuan largo era y resopló amigablemente. La loba entonces adquirió una expresión nueva, casi dulce, y se puso a oler a Danko como si fueran viejos amigos. En algún remoto lugar de su cerebro, algo debió de asegurarle a la fiera que nada debía temer de aquel animal espléndido que hubiera podido deshacerle el cráneo en mil pedazos bajo sus cascos, pero que se había tendido delante de ella como un potrillo indefenso. Los lobeznos imitaron a su madre y se pusieron a corretear por entre las patas de Danko. Grígor observaba pasmado la escena. Poco a poco, cada vez menos

Pelusa 79

asustado, fue acercándose a la camada. Cuando el niño estuvo junto a ellos, Danko empujó muy delicadamente a la loba con el morro y la loba se tendió también en el suelo. ¡Ahora lo entendía todo! ¡Danko quería que él mamase de la loba, que bebiese su leche como un cachorro más!

Grígor se arrodilló junto a ella y la acarició. También la loba parecía haber entendido, porque estiró el cuello como cuando daba de mamar a sus cachorros. Grígor entonces acercó la boca a las rosadas ubres de la fiera y bebió con el agradecimiento y el respeto de quien se acerca a las fuentes de la vida. La leche era dulce y pastosa, tibia, y llegaba a su estómago como una recompensa.

13 Un conde, cuatro arados y una horca

HABÍAN pasado siete días desde que Grígor y Danko se habían escapado de las manos de Pávirich. El fabuloso instinto de orientación del caballo les había permitido avanzar siempre en línea recta, sin los largos rodeos del tren, y ganar de este modo mucho tiempo. Tres días después del encuentro con los lobos, habían quedado atrás las desiertas llanuras y habían empezado las montañas. Y con las montañas, las humildes aldeas de leñadores, en las que el niño y el caballo encontraron auxilio y provisiones para continuar el viaje.

Estaban todavía fuera de los límites del reino, porque Grígor seguía sin entender la lengua de las buenas gentes que se prestaron a ayudarlos, pero la frontera ya no debía de estar lejos, porque los leñadores más ancianos sí comprendían algunas palabras de las que utilizaba Grígor.

Todos quedaban admirados al contemplar al pequeño jinete a caballo de aquel ejemplar magnífico. Los niños se arremolinaban alrededor de Danko y todos querían tocarlo y acariciarlo. Las mujeres lo miraban en silencio, gozosas de ver un animal tan hermoso. Los leñadores jóvenes señalaban con el dedo la exuberancia

Pelusa 79

de sus músculos y dibujaban en el aire, como si le pasaran la mano por encima, las líneas perfectas de su cuerpo. Los más viejos lo admiraban a cierta distancia, sin pestañear, y cuchicheaban entre sí, envueltos en el humo perfumado de sus pipas de brezo.

Al octavo día, Grígor y Danko alcanzaron la cumbre de una montaña desde la que se divisaba un extenso valle. En el valle había un pueblo de casas apiñadas que parecía de juguete en la distancia. La nieve no había llegado todavía al valle, porque podían apreciarse los distintos matices de verde de los prados y el ocre y rojizo de las tierras de labor

Empezaron a bajar. Habían descendido ya un buen trecho cuando oyeron ladridos de perros y a continuación un silbido.

—¡Pastores! —dijo Grígor. En efecto, empezaron a verse algunas cabras y poco después surgió de detrás de unos arbustos un pastor con dos perros que no cesaban de ladrar

—¡Chito! —dijo el hombre enérgicamente, y los perros se callaron.

A Grígor se le iluminaron los ojos cuando le oyó hablar

—¿Hablas mi lengua? —preguntó.

Pelusa 79

—¿Y qué otra habría de hablar, pequeño? Es la única que sé —contestó, sonriente, el pastor.

—Entonces, ¿sabes dónde está Batalay?

—¿Batalay? Al otro lado de esas montañas, cruzando el valle, a dos jornadas de camino. La mejor tierra de caballos del mundo. Hay uno, según dicen, que conoce las estrellas y entiende todo lo que le dice su amo, aunque no creo que sea más hermoso que éste que tú montas —dijo el pastor, fascinado por la belleza de Danko.

—Es éste.

—¿Qué? —exclamó el buen hombre sin comprender

—Que ese caballo del que hablas es el mío, se llama Danko. Yo soy Grígor

—¿De veras? ¡Por Dios bendito te juro que nunca he visto un animal semejante! —dijo el pastor quitándose la gorra y acercándose al caballo—. ¿Puedo tocarlo?

Grígor se echó a reír

—¡Pues claro! —contestó.

Pelusa 79

El pastor introdujo sus ásperos dedos por entre las sedosas crines de Danko y le acarició la estrella de la frente.

—¿Y qué hacéis por estas tierras? —quiso saber el pastor.

Grígor le contó cómo habían llegado hasta allí.

El cabrero escuchaba entusiasmado de labios de Grígor las aventuras que habían pasado y no cesaba de mirar de hito en hito al caballo. Cuando Grígor concluyó su relato, exclamó, con rostro compungido:

—Un animal así le habría hecho falta al viejo Miklós, y ahora no estaría esperándole la horca.

Alarmado, Grígor desmontó de un salto.

—¿Qué dices? ¿Quién es Miklós? ¿De qué horca estás hablando?

El pastor entonces le contó la historia. El pueblo que se veía en el valle era Midyá, un pueblo de campesinos y pastores. Sus gentes no pasaban hambre ni frío, todos tenían alimentos suficientes y un techo bajo el que cobijarse, pero nada de cuanto tocaban era suyo. Las tierras que cultivaban, los ganados que cuidaban y hasta las casas en las que vivían eran propiedad del

Pelusa 79

conde Hansen, señor de todo el valle. Y no es que a los habitantes de Midyá les estuviera prohibido tener algo propio, no; algunos habían llegado a poseer hasta un caballo o un pedacito de tierra, pero ¡a qué precio! El conde Hansen no aceptaba los krunois como moneda de intercambio. Ni aceptaba monedas ni pagaba en monedas. ¿Para qué las quería, si tenía sus arcas llenas hasta rebosar? El conde Hansen sólo aceptaba mano de obra, trabajo, trabajo y más trabajo, para pagar las deudas. Él se ocupaba de proporcionar a cada familia lo que consideraba necesario y a cambio exigía horas de trabajo, días, meses, años de trabajo a su servicio. De este modo, la deuda contraída por los habitantes de Midyá con el conde había llegado a ser infinita y pasaba como una desgraciada herencia de generación a generación. Desde el último recién nacido al más viejo de los ancianos, todos debían algo al conde.

En Midyá vivía el viejo Miklós. El viejo Miklós tenía dos hijas y deseaba para ellas una vida mejor. Todas sus propiedades se reducían a una mula y un par de gallinas. Un día, hace ya muchos años, cuando sus hijas todavía eran pequeñas y él no tan viejo, se presentó en casa del conde y le dijo:

— ¿Cuánto os debo hasta el día de hoy, señor?

Pelusa 79

El conde mandó a uno de sus secretarios que le trajese el Gran Libro de Deudas.

— Veamos, Miklós, veamos — dijo, mientras consultaba atentamente su libro—. Tu deuda actual asciende exactamente a cuatro años, seis meses y cinco días de pastoreo en los montes, o su equivalente, es decir, ordeñar mil ochocientas cuarenta y nueve veces todas las cabras de mis rebaños, tres años, nueve meses y veinticuatro días de siega, o su equivalente, es decir, segar y recoger la yerba de todo el valle diecisiete veces; un año, dos meses y siete días de trasquila de ovejas, o su equivalente, es decir, lavar, cardar e hilar veintisiete mil quinientos veintiún kilos de lana; y dos años, ocho meses y un día de arar mis campos, o su equivalente, es decir, arar tres veces todas mis tierras de labor con tu propia muía.

— ¿Y cuánto tiempo es eso en total, señor? — preguntó Miklós sin inmutarse.

El conde hizo una seña a su secretario y éste, cogiendo pluma y tintero, se puso a hallar la cuenta.

— Eso hace un total de doce años, dos meses y siete días de trabajo, Miklós. Eso es lo que debes hasta la fecha — dijo el secretario.

Pelusa 79

—Pues ya podéis, conde —dijo Miklós, sin apartar los ojos del todopoderoso Hansen—, ordenar a vuestro escribano que empiece a contar para atrás desde la presente, porque yo, desde hoy mismo, empezaré a saldar mi cuenta y no pararé hasta que ni un solo segundo de mi vida os pertenezca. Así que pasen esos doce años, esos dos meses y esos siete días, ni mis hijas ni yo os volveremos a deber nunca nada, y lo poco o mucho que tengamos será nuestro.

El conde Hansen se echó hacia atrás en su sillón de cuero repujado, juntó las palmas de las manos sobre el pecho, como si estuviera rezando, y dijo sonriente:

—¿Y qué comerás en todo este tiempo, Miklós? ¿Qué comerán tus hijas, cómo las vestirás? ¿Dónde vas a vivir durante estos doce años? ¿Acaso es tuya la casa que ahora te cobija?

—Demasiadas preguntas me hacéis —contestó Miklós— para que pueda daros una sola respuesta, pero a todas responderé. ¿Que qué comeremos? Raíces da la tierra y alimañas cría el monte que no os pertenecen. De eso viviremos y de lo que la mano misericordiosa de Dios ponga en nuestro camino. En cuanto al vestido, desnudos nacimos y riqueza serán para nosotros los andrajos que nos cubran. La casa,

Pelusa 79

vuestra es, pero desde este momento renuncio para siempre a ella y habitaré con mis hijas las ruinas del antiguo molino, que tampoco es patrimonio vuestro, sino de su Majestad el rey, nuestro señor, que lo cedió por gracia a este pueblo antes de que vos nacieseis, como muy bien sabéis.

—De acuerdo, Miklós, tú mismo acabas de elegir la miseria —dijo el conde Hansen cuando Miklós terminó de hablar

—Lo que acabo de elegir es la libertad, señor

—¡Al diablo la libertad, muerto de hambre! Pero dime una cosa, insensato: ¿qué pasará si por algún fortuito accidente o por alguna otra razón no pudieses llegar a saldar tu deuda? ¿Cómo me pagarás? Porque has de saber que no pienso concederte ni un minuto más del tiempo que me debes para pagarme los incontables favores que a ti y a tus hijas os he hecho.

—En ese caso, señor, podréis disponer de mi persona.

—¡En ese caso, patán desagradecido, haré que te cuelguen, por ladrón! —chilló, furioso, el conde poniéndose de pie y dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Fuera de mi vista!

Pelusa 79

Grígor, que escuchaba atentamente el relato del pastor, le interrumpió para preguntarle:

—¿Y qué ocurrió luego?

El cabrero continuó:

—Te lo puedes imaginar, pequeño. Durante doce larguísimos años, Miklós y sus hijas llevaron una existencia miserable, trabajando de sol a sol, sin obtener nada a cambio. Y ahora, cuando el cuitado estaba a punto de saldar definitivamente la deuda con el conde, Miklós ha perdido su mula, que se murió de puro vieja y agotada, y no puede terminar de arar los campos, que es lo único que le queda por hacer, porque ya nadie posee caballerías propias en Midyá. Las pocas que había las ha ido adquiriendo otra vez el conde, para que nadie pueda echarle una mano al viejo Miklós. El pobre infeliz ha probado a tirar él mismo del arado, con sus hijas detrás, pero las fuerzas le flaquean y cae de bruces a la tierra cada vez que lo intenta.

—Es horrible —dijo Grígor, que sentía que la sangre le hervía en las venas, de indignación.

—Pero lo peor no es eso —continuó el pastor—. Lo peor es que sólo quedan dos días para que termine el

Pelusa 79

plazo concedido por el conde. Miklós ha renunciado ya a seguir luchando y sólo espera, resignado, la muerte.

—¿La muerte? ¿De verdad sería el conde capaz de matarlo? —dijo Grígor sobresaltado.

—Sí. Ha ordenado a sus carpinteros levantar una horca en medio de la plaza.

—¡Nosotros libraremos al pobre Miklós de las garras de ese malvado! —dijo Grígor, y de un salto montó de nuevo—. ¡Vamos, Danko, no hay tiempo que perder! ¡Adiós, amigo!

—¡Es demasiado tarde, pequeño! ¡Es mucho lo que queda aún por hacer! —gritó el pastor, mientras Grígor y Danko se alejaban.

—¡No importa, Danko podrá hacerlo! —contestó Grígor, saludando con el brazo en alto.

La calle central de Midyá estaba empedrada de adoquines y se abría a una plaza grande, rectangular, de oscuros soportales. Al fondo de la plaza, una mansión con el escudo de armas de los Hansen señalaba la residencia del conde. Grígor comprobó horrorizado que, como le había dicho el pastor, en medio de la plaza habían levantado un patíbulo. Se

Pelusa 79

dirigió con Danko directamente hacia la mansión y a pocos metros de los portones de entrada se detuvo.

— ¡Conde Hansen! — gritó.

Al oír las voces, varias campesinas se asomaron a las puertas de sus casas. Algunas salieron a la calle y, tras ellas, los niños. Poco a poco, la plaza se fue llenando de gente. La imagen de Grígor montado sobre Danko arrancaba, como ocurría siempre, suspiros de admiración de quienes los veían. Los más curiosos se fueron acercando para ver más de cerca a aquel apuesto jinete vestido de azul y al soberbio caballo que montaba. ¿Quién sería? ¿De dónde venía? ¿De dónde había sacado aquel precioso animal? Sin duda era un príncipe...

— ¡Conde Hansen, escuche! — volvió a gritar Grígor.

Una de las ventanas se abrió y el conde Hansen en persona apareció en lo alto.

— ¿Qué insolencia es ésta? ¿Qué sucede ahí, quién llama?

— Yo le llamo, señor.

Pelusa 79

Al ver al conde, las campesinas se retiraron prudentemente hasta los soportales de la plaza, temerosas.

—¿Y quién eres tú, mozalbete? ¿Cómo te atreves a dirigirte a mí de esa forma?

—Me llamo Grígor y éste es mi caballo Danko. Me dirijo a usted como a cualquier otro hombre, señor; nada he dicho que le pueda ofender.

Un murmullo de sorpresa corrió por entre el grupo de campesinas. «¡Es Danko, el caballo de Batalay! ¡Y ese pequeño es Grígor, su dueño!» Las mujeres escuchaban atónitas. Todo el mundo en Midyá había oído hablar del maravilloso caballo de Batalay y de su amo, Grígor, y ahora los tenían a los dos delante. No podían creerlo. ¿Qué hacían en Midyá, tan lejos de su casa? ¿A qué habían venido? ¿Y por qué iba Grígor vestido con un traje de seda? ¿No era hijo de leñadores?

—¿Trabaja para usted un hombre llamado Miklós? — preguntó Grígor.

—¿Y eso a ti qué te importa, mocoso? ¡Largo de aquí!
—contestó el conde, y empezó a cerrar la ventana.

Grígor se vio obligado a levantar todavía más la voz:

Pelusa 79

—¡Pero a su Majestad el rey sí le interesará conocer esta historia, conde! ¡Partiré ahora mismo hacia la corte si no responde a mis preguntas! ¿Trabaja para usted un hombre llamado Miklós? —repitió.

La ventana volvió a abrirse y el conde Hansen reapareció con el rostro demudado, blanco como la cera. No tenía autoridad para ejecutar a nadie, y si aquel escabroso asunto trascendía a la corte tendría que vérselas con los fiscales del reino.

—Trabajaba, hasta que dejó de cumplir su parte del contrato. Dejó de arar mis tierras y él mismo se ha buscado el castigo...

—¿Sólo eso le debe? —preguntó Grígor El conde tardó un momento en responder «Habrà que tantear el terreno —pensó—; mejor será que mantenga viva la amenaza, a ver cómo respira este intruso de tres al cuarto.»

—Eso únicamente —contestó—, pero como no puede pagarme, irá a la horca.

—Según el contrato, señor, ¿quién debe poner el animal que tire del arado?

—Miklós.

Pelusa 79

– ¿Y el resto de los instrumentos para arar?

– ¿Qué instrumentos?

– El arado y esas cosas. Lo que haga falta.

– Para arar no se necesita más que una bestia, un hombre y un arado – dijo el conde.

– Nunca se sabe, conde, nunca se sabe. Pero respóndame de todos modos, ¿quién se obliga a poner los instrumentos para arar?

El conde Hansen estaba desconcertado. «¿Adonde quiere ir a parar este mocoso?», pensó.

– Yo – dijo.

– Gracias, señor, eso es lo que quería saber. Ordene inmediatamente que preparen un collerón, cuatro arados, cuatro piedras grandes, un travesaño de roble y varias sogas. La que había dispuesto usted para la horca podrá valer también. Mañana, antes del anochecer, estarán aradas todas sus tierras y Miklós no le deberá nada.

– ¿Cuatro arados? No veo que tengas más que un caballo, y no seré yo quien ponga los tres restantes.

Pelusa 79

–Haga usted, conde, lo que le digo o seré yo quien le denuncie ante el rey por incumplimiento de contrato, y la horca que ha mandado construir la estrenará usted mismo –dijo Grígor rotundamente.

Las mujeres y los niños de Midyá, al escuchar a Grígor, se pusieron a aplaudir y a dar gritos de alegría.

–¡Viva Grígor! ¡Viva Danko! ¡Viva! –exclamaban.

El conde, temeroso de que la noticia de sus atropellos llegase a oídos del rey, proporcionó los cuatro arados, el collarón, el travesaño, las cuerdas y las cuatro grandes piedras que Grígor había pedido.

Grígor mandó llamar a Miklós y a sus hijas. Refugiados en el antiguo molino, los pobres infelices ignoraban lo que había ocurrido en el pueblo. Cuando los tuvo delante, Grígor dijo al anciano:

–No se aflija usted más, buen hombre. Nadie va a colgarle. Danko, mi caballo, hará el trabajo que su pobre muía no pudo terminar

–Gracias, hijo mío, que Dios te bendiga, pero no creo que este hermoso animal pueda acabar a tiempo; sólo quedan cuarenta y ocho horas. ¡Oh, Dios mío, si hubieses llegado aquí un par de días antes. .!

Pelusa 79

—Le aseguro que no debe preocuparse, señor. Tengo una idea. Dígame dónde empiezan las tierras del conde.

—¿Que dónde empiezan? Di mejor dónde terminan... Todas las que ves en este valle son tuyas, hijo — contestó Miklós.

—Pues manos a la obra.

Grígor les explicó entonces cómo pensaba hacerlo. Atarían fuertemente, uno junto a otro, los cuatro arados. Encima de cada uno colocarían, bien sujeta, una de las grandes piedras para que la reja penetrase en la tierra sin demasiado esfuerzo de los que condujesen. Unirían después los ocho brazos de los arados con el travesaño de roble, todos a la misma altura. Danko se situaría exactamente en el centro, de donde partirían dos sogas dobles, que irían atadas al collarón. Detrás de los arados estarían Miklós, sus hijas y el propio Grígor.

—Tu intención es buena, hijo, pero ningún caballo sería capaz de dar un paso en estos terrenos con cuatro arados detrás y esas piedras encima — dijo el anciano.

—Espere a verlo, abuelo — contestó Grígor con alegría.

Pelusa 79

Salieron al campo, al sitio donde empezaban las tierras cultivables del conde, e hicieron como Grígor había dicho. Las mujeres y los niños se agolpaban para ver de cerca lo que ocurría. Grígor y el viejo Miklós ocuparon los arados centrales y las hijas del anciano los de la parte de fuera.

— ¿Estás dispuesto, Danko? — preguntó Grígor.

Danko dijo que sí con la cabeza. Todo el mundo contuvo la respiración.

— ¡Pues adelante, amigo!

Los habitantes de Midyá no daban crédito a lo que veían sus ojos. En un instante, las cuatro rejas desaparecieron de su vista y, como arrastradas por una fuerza descomunal, empezaron a abrir cuatro surcos, o, mejor, un solo surco anchísimo y profundo, un gigantesco surco rojo que crecía y crecía, con una rapidez inconcebible, sobre las vergonzosas tierras del conde.

14 Los ojos de abuela Malva

HABÍAN cabalgado todo el día y toda la noche. Únicamente se habían detenido para comer algo de lo que los agradecidos habitantes de Midyá les habían dado.

En la cúpula del cielo, la estrella Polar emitía rutilantes destellos. Hacia el sur, el gran cazador, Orión, iluminaba la noche con su cinturón plateado y su broche incandescente en el hombro derecho, la estrella gigante Betelgeuse. En el horizonte oeste del cielo, Pegaso, el caballo galáctico, les indicaba el camino.

— ¿No estás cansado, Danko? — preguntó Grígor

Danko negó con la cabeza.

— Pues yo estoy molido, tengo agujetas por todas partes y, además, me estoy cayendo de sueño. Creo que voy a echar una cabezadita — dijo Grígor, y, deslizándose hacia las ancas, apoyó la cabeza en la soberbia grupa.

Danko siguió caminando y escrutando el cielo, mientras Grígor dormía. Poco a poco, las estrellas fueron difuminándose en la pizarra del cielo como borradas por una mano invisible. En su lugar, por el

Pelusa 79

este, a las espaldas de Danko, fue surgiendo, anaranjada y violeta, la aurora. A su luz, el pelo del potro brillaba como el corazón de una hoguera.

Danko avanzaba despacio, cuidando de que Grígor no se despertara. Sabía que el niño necesitaba descansar.

De pronto, al coronar la última cumbre, se paró en seco. Frente a él se erguía, imponente, un nuevo macizo de montañas nevadas con las laderas cubiertas por extensos bosques de abedules. ¿Y aquel puntito gris? Danko lanzó un relincho que resonó como un toque de trompetas y violines en los valles cercanos. Grígor se despertó, sobresaltado.



Pelusa 79

—¿Qué ocurre, Danko? —dijo, mientras se restregaba los ojos.

Danko volvió a relinchar y empezó a agitar las crines moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

Grígor volvió a frotarse los ojos, tratando de descubrir qué era lo que había inquietado al potro.

—¡Eh...! —exclamó de repente—. Aquello... Aquello es Batalay, Danko, ¿no lo ves? ¡Estamos en casa! Batalay, Danko, ¿no te das cuenta? ¡Corre, Danko, corre!

Al enfilar las praderas que se extendían delante del pueblo, el galopar de Danko tenía más que ver con el vuelo de las aves que con el correr de los animales que habitan la tierra: parecía que sus cascos no rozaban el suelo.

La primera en advertir que Grígor y Danko se acercaban fue Laila. Empezó a relinchar como si estuviese herida y se revolvía inquieta en la cuadra, tratando de hacer saltar el pestillo de la puerta con las patas.

Abuelo Josua estaba partiendo leña en el corral y abuela Malva daba de comer a los gansos.

—¿Qué le pasa a la yegua? —preguntó abuela Malva.

Pelusa 79

—No sé, mujer. Iré a dar un vistazo —contestó abuelo Josua, y echó a andar hacia la cuadra, arrastrando los pies.

Los dos habían envejecido en poco tiempo como si hubiesen transcurrido largos años. Desde la desaparición de Grígor, desde que habían perdido toda esperanza de volver a encontrarlo, la vida de los ancianos se había ido apagando rápidamente, como una lucecita que se extingue.

Cuando abuelo Josua abrió la cuadra y Laila salió a todo galope hacia las praderas, abuela Malva lo oyó. Era como el fragor sordo de cien tambores sonando al mismo tiempo. Aquel ruido... ¡era inconfundible! ¡Sólo podía ser Danko, que traía a su nieto otra vez a casa!

—¡Dios mío! ¡Grígor! —exclamó la anciana, dejando caer al suelo la lata con la comida para los gansos.

Lo primero que vio Grígor al llegar junto a su gente fueron los ojos de abuela Malva. Con ellos llenos de lágrimas, las pupilas de la viejecita empezaron a cambiar de color y se volvieron de un azul infinito, de un azul tan cristalina y claro que eran transparentes.

Índice

1 Tres golpes en la noche.....	3
2 Danko.....	8
3 Mil krunois por un caballo.....	17
4 La apuesta.....	33
5 Una jaula para Danko.....	44
6 Camino de Perja.....	50
7 La llamada de abuelo Josua.....	58
8 Las largas noches del tren.....	61
9 Las puertas del paraíso.....	69
10 Pasen, señores, pasen y vean.....	74
11 Un mapa en las estrellas.....	86
12 Una loba y tres cachorros.....	89
13 Un conde, cuatro arados y una horca.....	97
14 Los ojos de abuela Malva.....	114